

PUNTO

ROJO



ASERRA
AYA



LOS MURCIELAGOS

clark carrados

LOS MURCIÉLAGOS

CLARK CARRADOS

LOS MURCIÉLAGOS

1.^a EDICIÓN
MAYO -1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES – BOGOTÁ

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

DEPÓSITO LEGAL B 5860 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© CLARK CARRADOS – 1962

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.** Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

N. R. 780/62

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

738 — Límites de sangre.

En Colección SERVICIO SECRETO:

611 — Muerte por correspondencia.

En Colección BÚFALO:

438 — Capitán fracaso.

En Colección CONGO:

6 — Sahara en rojo.

En Colección TEXAS:

307 — La vuelta del yanqui.

En Colección CALIFORNIA:

294 — Comerciantes en balas.

En Colección COLORADO:

228 — Seis al infierno.

En Colección KANSAS:

204 — La hija del sheriff.



CAPÍTULO PRIMERO

El viento silbaba con fuerza, y en el cielo, las nubes se arremolinaban plomizas, envolviendo con sus grises celajes las cumbres de las montañas, signo indicador, junto con la baja temperatura reinante, de la proximidad del invierno, que se anunciaba extremado y cruel.

Miré a través de la ventana de la sala principal de la posada. A lo lejos, la borrasca batía la cumbre del Speik, a casi dos mil metros de altura, cubriéndola de una fina cellisca blanca, que causaba la sensación, del humo de alguna erupción precedente de alguna boca volcánica abierta de modo inesperado en la cima de la montaña.

Casi al pie de la posada, en el fondo de un angosto barranco, erizado de rocas agudas, cada una de las cuales era capaz de destrozar a una persona por sí sola, el Kainach corría espumeante, con su habitualmente exiguo caudal aumentado un tanto por las últimas lluvias caídas, lluvias que a no tardar se transformarían en grandes tormentas de nieve cuando empeorasen las condiciones atmosféricas.

En la sala de la posada, en su centro, había una enorme chimenea capaz de contener un buey entero, en donde se consumían tres o cuatro grandes troncos, cuyas llamas proporcionaban un agradable calorcillo a la estancia.

La posada, a la vez, era bar y lugar de esparcimiento de los pacíficos moradores de Jagelwirt, una minúscula aldea de poco más de cuatrocientas almas, a veinte kilómetros de Köflach, en el Austria sudoriental y casi al pie de la cadena montañosa de los Glein Alpen, el último lugar civilizado en dirección N.O., hasta haber franqueado la citada cordillera, naturalmente.

El paisaje era maravilloso, propio de las zonas alpinas, pero el tiempo desapacible lo echaba todo a perder. El tiempo y cierta tensión nerviosa

que reinaba entre los escasos concurrentes que habían acudido aquella tarde a la posada, cosa que, según tenía entendido, no era habitual entre los ciudadanos de Jagelwirt.

Consulté el reloj. Eran ya las cuatro y media de la tarde y pronto anochecería, cosa que me enojaba bastante, pues me disgusta llegar de noche a los sitios que desconozco. La persona que tenía que venir a buscarme se retrasaba considerablemente, y ya empezaba a considerar la conveniencia de encargar un lecho al bueno de Klaus Stefan, el dueño de la posada, con el fin de aguardar allí el nuevo día.

Pareció como si me hubieran adivinado el pensamiento, porque casi en el mismo momento una voz interrumpió mis nada agradables meditaciones.

—El señor querrá pasar la noche aquí, sin duda.

Me volví, contemplando a la persona que acababa de hablar. Tratábase de Hansi, la rubicunda y rolliza hija del posadero, de brazos gruesos y robustos, cara redonda, aunque agradable, y ojos azules de cándido mirar. Tendía ligeramente a la obesidad, como todas las buenas aldeanas austríacas, y la opresión de su ceñido corpiño hacía que sus senos, rotundos y compactos, amenazaran con desbordarse por el amplio escote de su blusa de lino blanco.

—Por ahora me parece que no, querida Hansi —dije, sonriendo—. Estoy esperando que vengan a buscarme. Claro que, si la persona que ha de venir a recogerme se retrasara demasiado, sería cosa de considerar la proposición que usted acaba de formularme.

Hansi era muy ingenua. Por eso me hizo una pregunta:

—¿Puedo preguntarle al señor a dónde piensa dirigirse?

—Claro que sí, hermosa Hansi —dije, haciéndole ruborizarse intensamente—. Soy invitado del conde von Löhlstadt y espero pernoctar esta noche en su castillo.

El color huyó repentinamente de las mejillas de la joven. Sus ojos se dilataron a la vez que la sonrisa se borraba de sus labios,

—¡El conde von Löhlstadt! —repitió, santiguándose precipitadamente.

—El mismo, Hansi. Pero ¿qué...?

No pude concluir la pregunta; la hija del posadero dio media vuelta y huyó precipitadamente, dejándome con la palabra en la boca.

Al mismo tiempo noté una cosa extraña: el silbido del viento se acentuó con lúgubres trémolos y los vidrios de las ventanas repiquetearon amenazando romperse. El rumor de las conversaciones había cesado de repente.

Me volví en redondo, examinando uno a uno los rostros de los concurrentes. Todos me devolvieron la mirada con gesto inexpresivo, pero pude captar en sus ojos el común pensamiento de cada uno de ellos: yo estaba loco cuando había aceptado la invitación del conde von Löhlstadt.

De repente, dos de los bebedores se levantaron. Se dirigieron a la puerta y salieron. El viento penetró, haciendo arremolinarse las llamas de la chimenea. La ráfaga subió luego por el cañón de la misma, sonando de una manera musicalmente fúnebre.

Uno a uno, todos los contertulios fueron despidiéndose del posadero, que aparecía tras su mostrador, con gesto impasible, sin pronunciar la menor palabra. Finalmente, la sala quedó desierta, a excepción de tres personas: Stefan, yo y un viejo aldeano que sorbía flemáticamente su jarra de cerveza.

—Bueno —exploté al cabo—, ¿qué sucede aquí? *Herr Stefan*, he pronunciado el nombre del conde von Lölhstadt y todos sus clientes han huido como alma que lleva el diablo.

Klaus Stefan sonrió emitiendo una sonrisa de circunstancias.

—La gente, aquí, en Jagelwirt, es muy supersticiosa, señor Bascomb, y nombrarles al conde es tanto como nombrarles al diablo.

—Sí que es extraño. No sabía que el conde von Lölhstadt gozase de tanta impopularidad en la comarca. ¿A qué se debe eso?

Stefan se encogió de hombros.

—¡Bah! Habladurías y rumores sin fundamento, señor Bascomb. No haga caso de lo que dice la gente. Está llegando ya el invierno y nos pasamos largas temporadas sin poder salir de casa. Entonces, se habla, se habla y se...

—Se dice la verdad —le interrumpió de repente una voz cascada. Pertenecía al vejete que no había abandonado la posada—. Sí, la verdad —continuó con más energía—. ¿Por qué no se la dices tú, Klaus?

El semblante del posadero se oscureció de repente.

—No diga tonterías, tío Schau —gruñó—. Usted bien sabe que todo lo que se rumorea por ahí son fantasías.

—Conque fantasías, ¿eh? —rió carrasposamente el tío Schau—. A ti te quisiera ver yo por esos caminos y en noche de luna llena, cuando el conde sale por ahí a sorber la sangre de sus víctimas. ¿Vas a decirme que no mató a Putzi Stübmig, clavándole sus dos colmillos en el cuello y dejándole las venas sin una gota de sangre? Y cuando no tiene a mano una persona, se bebe la sangre de las terneras que se aventuran por los prados cercanos al castillo.

El vejete me miró con ojos fulgurantes.

—¡No vaya al castillo, caballero! —me dijo—. ¡El conde es un vampiro!

Confieso que las palabras del tío Schau me impresionaron notablemente, tanto por su contenido, como por el ambiente en que habían sido pronunciadas. Podrían ser fantasías todas las murmuraciones referentes al conde, pero lo cierto era que Hansi se había espantado al oír su nombre, santiguándose acto seguido, y que segundos después, se había iniciado la desbandada de la clientela de la posada.

Traté de componer una sonrisa de circunstancias.

—Bueno —dije—, eso de los vampiros es cosa del pasado... si es que alguna vez fue algo más que una leyenda. Personalmente...

—Putzi Stübmig murió desangrado por el vampiro —insistió el vejete—. Y a mí mismo me mató dos terneras. Hans Steo perdió tres. Franz Josef Hayteln perdió otra. ¿Negarás que eso es cierto, cabezota? —la frase iba dirigida al posadero, pero a continuación, el tío Schau se volvió a mirarme—. Sólo ha habido un muerto: Putzi, porque después de él, nadie volvió a acercarse al castillo del conde. Y claro, a falta de sangre humana, se agarra a la de ternera, que dicen es la más parecida a aquélla.

Miré al posadero, como consultándole con la mirada.

—El juez de Kainach decretó que Putzi había muerto a consecuencia de la mordedura de una alimaña. No hay pues, motivos para suponer que fuera el conde quien lo asesinara —manifestó Stefan secamente.

—Desde luego, desde luego —rió el vejete—. Y a partir de entonces, todos, por la noche, colocamos cruces en las puertas y ventanas de nuestras casas y colgamos guirnaldas de ajos, para impedirle penetrar en ellas al vampiro. Por eso no ha matado a ninguna persona más, pero no desconfío de que lo haga en cualquier momento con algún necio descuidado... como el caballero —concluyó el tío Schau con énfasis insultante, en el cual fingí no reparar.

—No le haga caso, señor Bascomb —dijo el posadero—. El tío Schau siempre está de broma.

El vejete se indignó.

—¿De broma? ¿De broma yo, condenado...?

El tío Schau no pudo continuar, la puerta se abrió repentinamente y un hombre. apareció en el umbral, envuelto en una aullante ráfaga de viento.

Me estremecí a pesar mío. El hombre era alto, aunque no tanto como yo, que mido casi un metro noventa, muy delgado y de rostro esquelético, en el fondo de cuyas cuencas orbitarias fulguraban dos ojos negros de una expresión inenarrable. Vestía severamente de negro, a excepción de la camisa blanca, y se tocaba con un sombrero de alas desusadamente anchas.

—¿El profesor Mortimer Earl Bascomb? —preguntó con voz que parecía salida del fondo de una tumba.

Me adelanté hacia él.

—El mismo —repuse.

El recién llegado me hizo una inclinación de cabeza.

—Encantado de conocerle, profesor. Me llamo Kraubath y soy el mayordomo de Su Excelencia el conde Frantz Joseph von Löhlstadt. Su excelencia me envió a recogerle, profesor.

—Estoy dispuesto, Kraubath —contesté, estremeciéndome sin poder evitarlo. Luego, reaccionando, me volví hacia el posadero—. La nota, *herr*

Stefan.

—Sí, profesor —dijo el posadero precipitadamente. Vino hacia mí y me indicó verbalmente lo que le debía, procurando evitar cuidadosamente la penetrante mirada del mayordomo.

Al terminar, dije:

—Cuando quiera, Kraubath. Esas dos maletas que hay ahí —señalé las que había junto a la puerta—, son todo mi equipaje.

—Muy bien, profesor.

Kraubath tomó las maletas y salió de la posada, encaminándose hacia un enorme coche negro, que se hallaba estacionado frente a la misma y de cuya llegada no nos habíamos percatado ninguno de los presentes.

El mayordomo colocó las maletas en el lugar correspondiente y luego tomó asiento tras el volante. Para entonces, ya me había acomodado en el asiento posterior.

El automóvil arrancó sin el menor esfuerzo, en el más completo silencio. Cuando partíamos, capté con la vista dos detalles que me causaron gran impresión.

Mientras el tío Schau huía apresuradamente de la posada, su dueño cerraba la puerta de golpe. Sobre la madera de la misma, pude divisar una pequeña crucecita de algo verde que me pareció boj o laurel, no puedo asegurarlo.

Y en la ventana del piso superior, la hermosa Hansi recorrió unos visillos y me miró compasivamente, al par que hacía la señal de la cruz, como si quisiera protegerme con aquel signo.

Sumamente pensativo encendí un cigarrillo. Las razones que me habían llevado a Jagelwirt, mejor dicho, al castillo del conde, eran muy otras que descubrir supuestos o reales vampiros. ¿Iba a verme mezclado en una aventura semejante, en plena época de bombas de hidrógeno, cohetes a la Luna y demás adelantos científicos? ¿Cómo era posible que en una época tan adelantada pudieran ocurrir cosas semejantes, más propias de la Edad Media que de la nuestra?

El coche avanzó rápidamente, ya con los focos encendidos, pues la noche había caído sobre la comarca. Sentado tras el volante, Kraubath parecía una estatua.

La carretera serpenteaba continuamente, siguiendo el irregular curso del Kainach, cuyas blancas espumas rebrillaban en las tinieblas de tanto en tanto. La marcha del automóvil era tan silenciosa, que se podían oír con la mayor claridad los alaridos del viento y el continuo chocar de las aguas del arroyo contra las rocas de su lecho.

Poco a poco fuimos ganando terreno. Tenía entendido que el castillo distaba unos quince o dieciséis kilómetros de Jagelwirt, por lo que calculé que emplearíamos unos veinte minutos en recorrer aquel espacio, dadas las numerosas curvas del camino, que impedían a Kraubath desarrollar una

velocidad satisfactoria.

Poco más de un cuarto de hora después de haber salido de la posada, las nubes se rasgaron repentinamente, dejando ver a través del claro la luna en creciente. Una lívida claridad se extendió por el paisaje y en lo alto, las cumbres nevadas de los Glein Alpen parecieron convertirse de repente en una inmensa cadena de montañas de plata.

El castillo apareció súbitamente a nuestra vista, al revolver una curva, encaramado en lo alto de un promontorio rocoso, situado directamente sobre el Kainach. Su silueta destacó con negros trazos contra el resplandor de la luna.

El coche inició la última subida, la que nos llevaría directamente a la explanada en la cual se hallaba la entrada principal del castillo. De pronto, una figura surgió, como brotada directamente de las entrañas de la tierra, apareciéndose en la cresta de una roca situada a la derecha del camino.

Lo vi con toda claridad, a menos de veinticinco metros de distancia. Era un individuo de elevada estatura, envuelto en una gran capa negra, cuyos flotantes pliegues se agitaban de modo continuo al recibir los embates del viento. El individuo permanecía inmóvil sobre la piedra, que se alzaba a doce o quince metros sobre el camino y a una distancia similar del mismo, y pareció contemplarnos con ojos que fosforescían tenebrosamente en la oscuridad.

Tragué saliva sin poder remediarlo. Rehaciéndome con un gran esfuerzo, fui a llamar la atención de Kraubath.

En aquel momento, el individuo extendió los brazos. Los pliegues de la capa formaron como dos alas negras que brotaban directamente de sus hombros.

Permaneció en tal postura un instante. Luego dio un enorme salto y se echó a volar, fundiéndose con las tinieblas en contados segundos.

Y en aquel momento, los tableteantes ecos de una lúgubre carcajada hirieron mis tímpanos, expandiéndose por el valle con siniestras sonoridades.

CAPÍTULO II

Kraubath detuvo el coche ante la gran portalada del castillo. El mayordomo abrió oficiosamente la portezuela e inclinó la cabeza con gesto lleno de respeto al salir yo del vehículo.

Avancé hacia la enorme puerta de madera, sólidamente claveteada, que guardaba el acceso a la fortaleza. Había en ella un colosal llamador en forma de murciélago, con la boca abierta de par en par y las alas desplegadas, en actitud de volar. La figura me repugnó sin poder evitarlo.

La puerta se abrió brusca y silenciosamente, dejándome ver el interior de un enorme vestíbulo, decorado con una docena de armaduras antiguas y alumbrado por una colosal lámpara circular pendiente del techo. Una enorme escalera arrancaba del costado izquierdo, ascendiendo en amplia curva hasta el piso superior. La barandilla de la escalera era de sólida piedra, artísticamente labrada con grifos, dragones y otros animales mitológicos, y de trecho en trecho, se elevaban de la misma varios postes de hierro que sostenían sendas lámparas.

Un hombre se adelantó al verme entrar. Era aún más alto que yo, delgado, de mirada penetrante, cabello negro cuidadosamente planchado, cejas picudas y nariz aquilina. Vestía un traje gris oscuro, de magnífico corte, camisa blanca de cuello duro, zapatos negros y corbata del mismo color. Sus dientes emitieron blanquísimos destellos al sonreír.

—El profesor Bascomb, según presumo —dijo, hablando el inglés con excelente acento, un tanto matizado, sin embargo, por el del idioma de aquellas regiones.

—El mismo —respondí, estrechando la mano que se me ofrecía. El tacto me reveló unos dedos de hierro, envueltos en una carne fría y sin vida, en curioso contraste con el fulgor de sus negras pupilas—. Supongo que, a mi vez, tengo el honor de hablar con Su Excelencia el conde Frantz Joseph von Löhlstadt.

—Bienvenido a mi humilde morada, profesor —dijo el conde—. Celebro hacer efectivo el conocimiento que tuve el honor de entablar por carta con usted.

—El honor y el placer son míos, Excelencia —repuse.

Von Löhlstadt rió suavemente.

—Por favor, sin tratamientos, mi querido profesor, sin tratamientos. Conde a secas y ya está bien. Deje lo de Excelencia para mis servidores. Y ahora, supongo que estará deseando descansar unos momentos y cambiarse de ropa, ¿no es así? —el conde chocó las manos un par de veces—. Ahora mismo le enseñarán su habitación.

Un hombre surgió repentinamente de una puertecita situada al fondo, bajo la escalera. No pude evitar un escalofrío de repugnancia al contemplar al individuo.

Era un tipo de mediana estatura, tremendamente fuerte, con manos de hércules, con un hombro mucho más levantado que otro y que cojeaba señaladamente al andar. Tenía el ojo izquierdo cerrado por completo y el derecho aparecía sanguinolento, como si padeciese de conjuntivitis crónica. Una horrenda cicatriz en la mejilla izquierda que le llegaba de la sien a la comisura de los labios, contribuía a hacer aún más repulsiva la presencia del individuo.

—Litz —dijo el conde—, acompaña al profesor Bascomb a su habitación. Profesor —se volvió hacia mí—, le esperamos en el comedor a las siete y media en punto. Repito la bienvenida a mi castillo.

—Un millón de gracias, conde —respondí, alejándome tras Litz, el cual ya había cargado con las maletas.

Subimos por la escalera, llegando en pocos momentos al piso superior. Un sombrío corredor se extendía a derecha e izquierda, alumbrado de modo esporádico por unas cuantas lámparas de evidente pobreza luminosa. El corredor tenía varias puertas a ambos lados, todas ellas con marcos de piedra artísticamente labrados, en los cuales no faltaba la imagen del que parecía ser el animal totémico de la mansión: el murciélago.

Cuando ya estaba a punto de llegar a la que iba a ser mi habitación, una puerta se abrió y por ella salió una mujer.

La mujer era joven y esbelta, de cabellos muy rubios, cepillados cuidadosamente, hasta el extremo de parecer hebras de oro, aunque sin peinar ni sujetar por ninguna cinta o corchete, cayendo largamente por su espalda. Sus labios eran muy rojos, en contraste curioso con la marfileña palidez de su rostro.

Vestía una especie de túnica de lino blanquísimo, que caía suelta hasta el suelo, bajo la cual, no obstante, se adivinaban redondas morbideces que quizá hubieran adquirido mayor relieve con un vestido más ajustado. Las mangas de la túnica eran largas, y la prenda, en conjunto, daba a su figura un aire de irrealidad y encanto que me agradó singularmente.

La joven se dirigió rectamente hacia mí. Sus pupilas, de un tono verde esmeraldino, brillaron unos momentos.

—¿El profesor Bascomb? —preguntó con voz de tonos suaves, pero en la que palpitaba una oculta energía.

Incliné la cabeza.

—El mismo —repliqué—. A su disposición, señora...

—Señorita Kilda von Lölhstadt —me contestó ella—. ¿Por qué ha venido, profesor?

La pregunta de la muchacha me dejó de piedra.

—¿Y por qué no iba a venir, señorita von Lölhstadt? El conde me contrató para...

—Sí, ya lo sé —respondió ella—. La biblioteca del castillo necesita de un buen repaso y, además, yo preciso de un profesor de inglés para perfeccionar mis conocimientos de dicho idioma. Creo que esos son los motivos de su estancia en el castillo, ¿no es cierto, profesor?

Volví a inclinar la cabeza.

—Ciertamente, señorita —respondí.

Ella miró al criado.

—Litz, lleve las maletas del profesor a su cuarto.

—Sí, señorita Kilda —contestó el individuo mansamente.

Cuando nos quedamos solos, ella bajó la voz.

—Profesor, ¿no recibió usted mi carta?

Respingué. La noticia me causaba aún más asombro que las anteriores manifestaciones:

Por un momento, pensé que estaba tratando con una loca. Los ojos de Kilda resplandecían de un modo inusitado, en tanto que sus senos se agitaban clara y rápidamente bajo el suave tejido que los cubría.

—En absoluto, señorita —contesté—. Es la primera noticia que tengo de ello, puedo asegurárselo. ¿Qué me decía usted en aquella carta?

—Sencillamente... que me siento encantada de conocerle, profesor. Espero que bajo su dirección, haré pronto grandes progresos en el bello idioma de Shakespeare.

Empecé a creer que, efectivamente, Kilda von Lölhstadt estaba loca de remate. Su expresión anterior, entre furiosa y enojada, se había trocado por otra sonriente y acogedora.

De momento no supe qué decir. Mas no tardé en tener la explicación de la insólita actitud de la muchacha, cuya edad calculé, bastante acertadamente por cierto, no mayor de los veinte años.

—Hola, tío —dijo Kilda—. Estaba hablando con el profesor y dándole la bienvenida al castillo.

Me volví rápidamente. El conde estaba detrás de mí y había aparecido tan repentinamente como si hubiera surgido del mismo suelo.

Improvise una sonrisa de circunstancias.

—Ignoraba que su sobrina fuese tan hermosa, conde —dije, procurando rehacerme de la impresión recibida—. Tengo entendido que el castillo de los von Lölhstadt posee bellezas sin cuento, pero ninguna supera a las de la señorita Kilda.

El conde inclinó brevemente la cabeza.

—Un elogio muy acertado, que agradezco en nombre de mi sobrina —la miró imperativamente—. Kilda, creo que sería conveniente te cambiases de indumento para asistir a la cena.

—Sí, tío —repuso ella con manso acento. Me saludó cortésmente—:

Encantada de conocerle, profesor.

—A sus pies, señorita.

Cuando nos hubimos quedado solos, saludé al conde con una leve inclinación de cabeza y me dirigí hacia mi habitación.

El dormitorio que me habían destinado era una pieza inmensa, con una enorme cama en su centro, cubierta por un dosel sostenido por cuatro columnas relativamente cortas. Las telas que formaban el dosel tenían el aspecto de una tienda de campaña cuadrangular, debido a que pendían por su centro de un grueso cordón de seda, sujeto por un gancho al techo envigado de la estancia.

Una puerta en el lado opuesto me indicó el acceso al baño, que encontré confortable, aunque anticuado. La luz del día entraba en el mismo a través de una estrecha tronera, por la cual difícilmente hubiera podido pasar el cuerpo de un hombre.

Además de los muebles accesorios, había en el dormitorio un gran armario biblioteca y en uno de sus ángulos una buena chimenea, en la cual bailaban alegremente las llamas que devoraban un par de troncos. El conjunto hubiera podido ser acogedor, a no ser por el siniestro ambiente que me rodeaba y en cuya decoración se veía de modo continuo el dichoso murciélago.

Me aseo convenientemente, tras de lo cual arreglé mis cosas en el armario, cambiándome de ropa a continuación. Cuando terminé, era ya casi la hora de la cena.

Salí de mi habitación y me dirigí al comedor, encontrando en él a varios huéspedes con los cuales no había contado ciertamente.

CAPÍTULO III

Además del conde y de su sobrina, la cual se había cambiado de ropa, vistiendo un sencillo traje azul oscuro, había cuatro personas más esperando la hora de la cena, en torno a la boca de la gran chimenea que prestaba su calor a la pieza.

Una de ellas era una mujer, de cabellos tan negros como el vestido que ceñía prietamente las sensuales curvas de su magnífica escultura. Sus marmóreos hombros quedaban al descubierto por el amplio escote del vestido, el cual estaba sujetó a los mismos por dos insignificantes tiras del mismo tejido. Calculé su edad en unos peligrosos treinta y cinco años, espléndidamente cuidados. Respondía al nombre de Gerda Rathenau y sus rojos y pulposos labios me sonrieron cautivadoramente en tanto me estrechaba la mano al ser presentados por el conde.

El segundo huésped era un individuo menudo, insignificante, de mirada huidiza y gestos temblorosos. Von Löhlstadt me lo presentó como Theo Kapitz, un pintor que estaba pasando una temporada en el castillo, a fin de trasladar a sus lienzos las bellezas de los paisajes circundantes.

Los otros dos eran unos tipos corrientes, aunque de mejor aspecto. Meyer Lange y Thomas Hailsd eran sus nombres y, según manifestó el conde, se trataba de unos amigos suyos, devotos de la caza, que pasaban también una temporada en el castillo.

Después de las presentaciones, tomamos un aperitivo y poco después el imparable Kraubath sirvió la cena, magníficamente condimentada. Tenía apetito y devoré cuanto me sirvieron en el plato. En cambio, pude observar que Kilda apenas si probaba su cena y que, de vez en cuando, me arrojaba miradas que se me antojaron llenas de aprensión.

Al terminar la cena, nos sentamos en torno al fuego. Kraubath sirvió un exquisito café, mientras oíamos los alaridos del viento y sus embates contra los recios muros del castillo. Poco a poco, sin saber cómo, la conversación se generalizó, yendo a recaer sobre un tema que cuadraba muy bien en aquel ambiente: los vampiros.

Gerda Rathenau soltó la carcajada al oír la primera mención del tema.

—No existen, son fábulas —dijo, enseñando los dientes, blanquísimos y parejos.

—Yo creo que sí —contestó el pintor con fúnebre tono—. Tengo entendido que no hace mucho, un aldeano de Jagelwirt murió víctima de uno de esos seres repelentes.

El conde negó enérgicamente la especie. Dijo que todo se debía a un infundio de los campesinos.

—Poseo grandes propiedades, y la mayoría de los colonos están atrasados en el pago de los arrendamientos —manifestó—. Desearían verme desaparecer de aquí para no tener que entendiérselas con mi administrador.

—En la posada —tercié—, oí algo sobre el tema. Los aldeanos se quejaron de que, a falta de sangre humana, los vampiros atacaban a sus terneras.

—Puede que sea cierto —contestó despectivamente el conde—. Pero no hemos de olvidar que también abundan por aquí las comadreas y los hurones y que estas bestias sienten gran predilección por la sangre de los animales.

—¿Y el campesino que murió atacado por un vampiro? —preguntó Gerda Rathenau.

—La autopsia demostró que Putzi Stübmig murió a consecuencia de un colapso cardíaco —contestó el conde—. Su cuerpo quedó abandonado en el campo durante toda la noche. No es extraño, por tanto, que alguna comadreja se aprovechara de la circunstancia para darse el gran banquete.

La conversación era repugnante, pero atraía por su misma morbosidad.

Hailsd expresó:

—Yo creía que Austria no era país de vampiros, conde.

Von Löhlstadt hizo un gesto de enojo.

—Y no los hay, redondamente —respondió—. En todo caso, los vampiros han existido siempre en los Cárpatos o en Transilvania, pero nunca en esta región de Austria. Es cierto que, según la leyenda, dichos seres se extendieron por algunas comarcas de la Europa Central. Por lo tanto, no es aventurado suponer, considerando siempre como ciertas tales leyendas, que algunos de los citados vampiros pudieran haber llegado y establecerse por estas tierras. Personalmente —concluyó el conde—, no creó en ellos, y todo cuanto se diga acerca de los mismos, debe ser considerado como pura fábula.

La Rathenau rió argentinamente.

—Me alegro mucho de su opinión, conde. Pero, aunque la cuestión de los vampiros entre de lleno en la leyenda y en la fantasía, ¿puede decirme usted cuáles son sus principales características? Es decir, las que se supone poseen.

—Bien —carraspeó ligeramente el conde para aclararse la voz—, se dice que sólo salen por la noche, especialmente en época en que hay luna, desde el creciente hasta el menguante.

—O sea que la época de su aparición dura unas tres semanas —dijo Lange.

—Algo menos —rectificó von Löhlstadt—. Pongamos dos semanas y media. Durante el día, permanecen en su tumba, esperando el momento de oscurecer, para salir en busca de víctimas con cuya sangre saciar su vil

apetito. Dícese, además, que la persona que es mordida por un vampiro, se convierte a su vez, al morir, en otro vampiro, por lo que la especie de esos seres fantasmagóricos no puede extinguirse jamás.

—¿Es cierto también que se convierten en murciélagos para atacar a sus víctimas?

—No, solamente cuando vuelan para desplazarse con mayor rapidez. En el momento de atacar, toman su aspecto normal de persona humana.

—Habría, sin duda, algún medio de defensa contra ellos —preguntó Gerda Rathenau.

Me fijé en que Kilda permanecía completamente silenciosa, contemplando a su tío con expresión de hipnótica fijeza. Su busto se movía acompasadamente, como si estuviera fascinada por la conversación que estaba oyendo.

—Sí —respondió el castellano—. Los dientes de ajo, las ramitas de boj en forma de cruz, el agua bendita y, generalmente, cualquier objeto que adopte la forma de una cruz. Eso les detiene fulminantemente.

—Y según creo, no se reflejan en los espejos —exclamé.

—Así es —el conde posó en mi rostro la incisiva mirada de sus negros ojos—. Son seres corpóreos solamente para la visión directa, no a través de un espejo. Por eso los temen tanto y huyen de todo lugar donde existe uno de esos muebles... —von Löhlstadt sonrió humorísticamente—, tan queridos de las mujeres bellas.

Gerda inclinó la cabeza graciosamente. Luego dijo:

—Pero debe haber alguna forma de matar a esos seres tan repugnantes, ¿no es así?

—Desde luego. Suelen usarse las pistolas cargadas con balas de plata, aunque el medio más efectivo es una estaca de madera, aguzada en uno de sus extremos, la cual se clava en su corazón, aprovechando el momento en que descansan de sus nocturnas correrías. La muerte es fulminante y definitiva, porque mientras no sucede tal cosa, el vampiro es un ser que pudiéramos llamar híbrido: ni vivo ni muerto.

—En suma —apunté—, un no muerto, como los *zombies* tropicales de Haití.

—Algo parecido, aunque con una gran diferencia. El *zombie* es un cadáver viviente, valga la paradoja, un muerto que anda, pero que se limita a obedecer las órdenes que le da su amo. En cambio, el vampiro tiene voluntad propia y actúa como mejor le conviene, aunque no faltan ocasiones en que uno o dos vampiros están sujetos al poder de otro. Principalmente, cuando han sido convertidos en vampiros por dicho ente.

Gerda rió forzosamente.

—La verdad, es que la conversación no tiene nada de agradable que digamos.

—Pero sí muy curiosa —observó Meyer Lange—. Gracias a ella, me he

enterado de muchas cosas que ignoraba.

—Bueno —dijo la Rathenau—, antes de irme a la cama, me pasaré por la cocina y le pediré a la cocinera unos cuantos dientes de ajo.

—Señora Rathenau —dijo galantemente el conde—, en mi castillo no hay vampiros; puedo garantizárselo. No obstante, si prefiere dormir tranquila, daré orden a Kraubath a fin de que le proporcione cuanto necesite para defender su sueño de esos repugnantes seres.

—Se lo agradeceré —contestó Gerda con un fuerte estremecimiento—. No creo en los vampiros, pero por si acaso, no estaría de más protegerse contra ellos —se volvió hacia la muchacha—. Kilda, tú has estado callada durante toda la noche. ¿No tienes nada que decir?

La muchacha se puso en pie, sonriendo forzosamente.

—Estoy cansada —dijo—. Les ruego me dispensen.

Nos pusimos en pie todos. Kilda salió con paso suave y elástico, que más bien parecía un fácil deslizarse sobre el suelo.

La interrupción pareció cortar la conversación. Uno tras otro, los huéspedes fueron despidiéndose, hasta que, al fin, quedamos solos en el comedor el conde y yo.

Von Löhlstadt me miró, sonriente.

—Supongo que usted, un espíritu selecto y cultivado, no prestará oídos a semejantes majaderías —dijo—. Porque no pueden calificarse dichas leyendas de otro modo.

Sacudí la cabeza, un tanto pensativo.

—Desde luego, nunca he creído que todo lo referente al vampirismo fuera otra cosa que una leyenda —contesté—. Sin embargo, aunque hoy día existan fuerzas sobrenaturales, poderosas y a veces incontrolables, cuyo origen nos es muy difícil, por no decir imposible, explicar

—Es posible que tenga usted razón, profesor Bascomb —concordó el conde—. De todas formas, como dije antes a la señora Rathenau, no creo en semejantes leyendas ni, además, que se produzca un caso semejante en el castillo.

—Bien —sonreí—, de todas formas, como los vampiros sólo actúan por la noche y mi labor ha de realizarse durante el día, en todo caso bien poco tengo que temer de ellos.

—Así lo espero, profesor. Y también espero que reorganice usted mi biblioteca, hartamente desordenada. Está necesitada de un repaso a fondo; calculo que lleva más de ochenta años sin que nadie se haya molestado en colocar un volumen en el sitio que le corresponde.

—Trataré de hacer honor a la confianza que se me ha otorgado —respondí con una breve inclinación de cabeza—. Conde, con su permiso.

—Buenas noches, profesor.

—Buenas noches, conde.

Salí del comedor y me dirigí a la gran escalinata, por medio de la cual

accedí al corredor superior. Entré en mi habitación y, ¡qué diablos!, por si las moscas, como suele decirse, cerré la puerta con llave.

Realicé la acción de un modo mecánico. De pronto, al levantar la vista, hallé algo que me hizo sufrir una fuerte sacudida.

Sujeta por un clavito a la madera de la puerta, había una especie de guirnalda hecha con una docena de dientes de ajo.

La boca se me secó repentinamente. El conde había negado todo lo referente a vampiros y, posiblemente, desde su punto de vista, tenía razón. Pero yo no podía olvidar la conversación sostenida entre Klaus Stefan y el tío Schau, así como tampoco la visión que había contemplado a mi llegada al castillo.

El viento chocó de repente contra una de las ventanas, haciendo vibrar los cristales. Separé mi vista de la guirnalda de ajos y fui hacia la cama con ánimo de desnudarme.

De nuevo otro choque. Sobre la almohada había una crucecita hecha con dos ramitas de lo que me pareció boj, la mayor de las cuales mediría unos veinte centímetros por doce o catorce la menor. Las ramas estaban unidas por un hilo de seda blanca.

Encendí un cigarrillo con mano temblorosa. ¿Quién había sido el autor de todo aquello?

Desistí de averiguar nada, al menos en aquellos momentos. Fuera quien fuera, por lo menos había en el gesto dos intenciones evidentes: una, avisarme contra la posible actuación de un vampiro y otra protegerme del mismo.

Me desnudé rápidamente, poniéndome el pijama. Apagué la luz y ya iba a meterme en la cama, cuando, de repente, noté que la luz de la luna entraba libremente por la ventana, cuyas cortinas no había corrido todavía.

Me acerqué a la ventana, con ánimo de correr las cortinas. Entonces, un impulso irrefrenable, al cual hube de obedecer de modo inapelable, me hizo mirar a través de los vidrios.

En esta ocasión, la sorpresa no fue tanta. A unos cincuenta metros de distancia, vi claramente la silueta del vampiro, en pie sobre una prominente roca, envuelto en los flotantes pliegues de su gran capa negra, inmóvil como una estatua, indiferente a los embates del viento.

De pronto, se oyó un enorme alarido. Era una mezcla de chillido de espanto y silbido de alguna gigantesca serpiente y no parecía salir de garganta humana alguna. El vampiro desplegó sus alas y se lanzó hacia adelante, planeando en la noche, hasta fundirse con las sombras.

Una estridente carcajada, rebotó con crispantes ecos contra los muros del castillo. No pude contenerme; cerré las cortinas de golpe y de un salto me metí en la cama, cubriéndome con el embozo hasta la cabeza.

CAPÍTULO IV

Desayuné a la mañana siguiente con magnífico apetito. El cielo estaba completamente despejado y en él lucía un sol radiante. Theo Kapitz, el pintor, desayunó también conmigo, pero nuestra conversación se redujo a los temas corrientes y vulgares que pueden ligar a dos personas que recién acaban de conocerse.

El desayuno nos fue servido por Litz, el contrahecho. Sus manos se movían con infinita suavidad y gran rapidez, pese a sus defectos físicos y, francamente, no tengo la menor queja del modo como nos servía.

Mientras desayunaba, pensé en los sucesos de la noche anterior. Por supuesto, no quise comunicar a nadie lo que me había sucedido; parte por temor al ridículo y parte por no meterme en averiguaciones que quizá hubieran resultado demasiado molestas. Por supuesto, había guardado el crucifijo y los ajos en una de las maletas, cuya llave reposaba en uno de los bolsillos de mi traje.

Al terminar de desayunar, encendí un cigarrillo y, tras despedirme del pintor, pregunté a Litz por la biblioteca.

—Por aquí, profesor, tenga la bondad —dijo el individuo.

Salimos del comedor y cruzamos el vestíbulo en toda su amplitud, dirigiéndonos a una puerta situada justamente frente al mismo. Litz la abrió, sosteniéndola con una mano para que pudiera pasar.

—Muchas gracias, Litz —dije.

—Estoy a su servicio, profesor —contestó el individuo, clavando en mi rostro la única mirada de su ojo enrojecido.

Entré en la biblioteca, admirándome de sus colosales dimensiones. Salvo la parte correspondiente a las ventanas, a la puerta y a una gran chimenea —detalle que parecía ser consubstancial con cada una de las estancias del castillo—, el resto de los muros estaba cubierto por libros, apilados irregularmente en largas estanterías, las cuales llegaban hasta el techo. Este resultaba tan elevado que, para poder tomar un volumen de los estantes superiores, era preciso utilizar una escalerilla de caracol, que conducía a una especie de corredor saledizo, que rodeaba por completo la estancia y el cual estaba protegido por una sólida barandilla, también de hierro.

Cerré la puerta a mis espaldas y me enfrenté con la biblioteca. Calculé que habría allí treinta o cuarenta mil volúmenes, cantidad más que suficiente para entretener a un hombre durante medio año al menos, si quería realizar una labor con medianos resultados.

Torcí el gesto; estábamos a principios de octubre y yo había planeado

regresar a Edimburgo para mediados de diciembre lo más tardar. Nunca me ha gustado pasar las Navidades fuera de casa, y aunque era soltero y no tenía familia, sí en cambio contaba con muy buenos amigos, los cuales no me hubieran perdonado mi ausencia en fechas tan señaladas.

Puesto que me habían contratado para ello, no me quedaba, por tanto, otro remedio que poner mano a la tarea. Me acerqué a la gran mesa que había en el centro, dispuesta especialmente para la lectura, con ánimo de bosquejarme un plan racional de trabajo, que me permitiera adelantar el mayor tiempo posible. Además, había que contar con que durante mi permanencia en el castillo tenía que perfeccionar el inglés de la señorita von Lölhstadt y esto me robaría horas a mi labor de archivero bibliotecario.

De repente, divisé un enorme libraco situado en el extremo opuesto de la mesa. El libro era tamaño de folio y muy grueso, diez centímetros al menos. Estaba forrado en una gruesa piel amarilla, de tacto tan suave como desagradable y tenía dos enormes cierres de plata, ya oscurecida por el paso de los tiempos.

Leí el título, estampado en gruesos caracteres góticos en la portada, con algo que parecía un hierro al rojo, tal era la sensación que ofrecía la impresión de las letras. El título era, por demás, altamente sugeridor: Genealogía de los condes von Lölhstadt, desde la creación de su título en 1.083 hasta nuestros días.

Y debajo de las letras, el inevitable animal heráldico de la casa: el murciélago negro. El que había estampado en bajo relieve sobre la cubierta del libro poseía una singular cualidad, que no había visto en los restantes: sus ojos eran dos piedras amarillas, ópalos muy posiblemente, las cuales despedían extraños fulgores que no pudieron por menos de impresionarme.

Presa de una irrefrenable curiosidad, solté los broches y abrí el libro por la primera página. En aquel momento, pareció como si hubiese abierto la puerta de los vientos: una ráfaga aulló en el exterior y los cristales vibraron con fuerza.

Me sequé el, sudor que había brotado en mi frente de modo repentino. Luego, me dispuse a leer el contenido de la primera página.

—¿Le interesa mucho conocer el origen de los condes von Lölhstadt? —dijo de repente una voz a mis espaldas.

Creo que el salto que pegué me llevó a unos dos metros de distancia. Luego me volví, procurando dominarme.

Kilda von Lölhstadt estaba frente a mí, contemplándome con expresión impasible. La muchacha vestía un simple *pullover* blancogris y una falda algo más oscura, calzándose con unos zapatos de medio tacón, tipo deportivo. Tenía los brazos cruzados delante del pecho y sobre los hombros llevaba una chaqueta de punto de color rojo oscuro.

Traté de componer una sonrisa de circunstancias.

—Me interesó el título del libro, eso fue todo.

—Si lo desea, puedo relatarle la historia de los condes —dijo ella.

—Bueno, quizá en otro momento —moví la mano circularmente—. Me espera un trabajo ingente y... Por cierto, aún no hemos convenido las horas de nuestras clases.

—Lo dejo a su elección, profesor —dijo ella.

—Muy bien. Entonces, ¿qué le parece de tres a cinco? Luego yo podría continuar aquí hasta la hora de la cena.

—Estoy a su disposición, profesor —su voz era tranquila, aunque sin inflexiones. Efectivamente, necesitaba perfeccionar su inglés. Con los demás, salvo cuando había hablado a solas con el conde, me había entendido, en alemán, idioma que domino fácilmente.

—Muchas gracias, señorita —contesté. Quería preguntarle por su frase de la noche anterior, pero no me atreví.

Permanecimos unos momentos en silencio. Luego, Kilda se despidió de mí y salió.

Cerré el libro y sujeté los broches. Acto seguido, empecé a trabajar.

El trabajo me libró momentáneamente de toda otra preocupación. Cuando quise darme cuenta, era ya la hora de comer.

A las tres, Kilda compareció puntualmente en la biblioteca. Por indicación mía, Kraubath había dispuesto dos cómodos sillones a ambos lados de la chimenea, entre los cuales había situado una mesita. Kilda se sentó frente a mí y dimos comienzo a las clases.

Transcurrió una hora con plena normalidad. De repente, la muchacha preguntó:

—¿Recibió usted mi carta, profesor?

Había estado esperando aquella pregunta durante largas horas. Tratando de disimular mi ansiedad, dije:

—No entiendo a qué carta se refería, señorita.

—Cuando usted aceptó el trabajo que le ofrecía mi tío, pude leer su dirección y le escribí a Edimburgo.

—Lo siento, señorita von Lölhstadt, pero no he recibido ninguna carta suya. Quizá esto la contraría, pero es así.

Ella me miró fijamente. De pronto, murmuró:

—Sé quién es usted y cuál es su verdadero objeto en este castillo, pero sepa que no me prestaré jamás a ninguna maniobra de esa especie, profesor.

Las palabras de la muchacha me dejaron estupefacto. Quise interrogarla acerca de las mismas, pero Kilda no me dejó seguir adelante.

—Continuemos con la lección, se lo ruego.

—A su gusto —contesté, completamente desconcertado.

Desde lo alto de la chimenea, el murciélago que había grabado en ella,

sobre una enorme losa de piedra, pareció mirarme burlescamente. Y el repentino silbido de un golpe de viento pareció su irónica carcajada.

A las cinco en punto suspendimos la clase, tal como habíamos acordado. Kilda se puso en pie y yo la imité. La muchacha no volvió a mencionar el tema y se marchó silenciosamente.

Cuando me quedé solo, fumé un cigarrillo, mientras meditaba en la extraña cadena de sucesos que se habían producido en las pocas horas que llevaba en el castillo. Acabé por encogerme de hombros y sumirme en el trabajo de archivar y clasificar.

La cena transcurrió sin ninguna incidencia. Todos los huéspedes del castillo nos encontramos en el comedor y, al menos por aquella noche, el tema de los vampiros no fue rozando ni de lejos siquiera.

Al concluir, y tras una breve charla, me retiré a mi dormitorio. En cuanto me hube quedado solo, saqué los ajos y el crucifijo. También yo había empezado a creer en los vampiros.

Podrá parecer absurdo, pero lo cierto era que tenía motivos para ello. Y en cuanto pude, me metí en la cama y apagué la luz.

Pasaron cuatro o cinco días sin que sucediera nada de particular. Aunque el viento soplaba de modo casi continuo, el tiempo parecía tender a mejorar. Una mañana, pues, cuando mi estancia no llegaba aún a la semana, decidí tomarme un pequeño descanso.

Para ello no encontré nada mejor que darme un paseo por los alrededores del castillo. Salí fuera por la gran portalada, sin que nadie, al parecer, se extrañara de mi decisión y, tras un breve estudio del terreno, encaminé mis pasos hacia el Kainach, cuyas aguas burbujeaban casi al pie del castillo.

El lugar era tremendamente abrupto y por algunos sitios resultaba verdaderamente difícil pasar. No obstante, a fuerza de tenacidad, adobada con algunos golpes poco agradables, conseguí llegar hasta el fondo del arroyo.

Una vez allí, miré hacia arriba. El castillo se alzaba sobre una roca de aspecto impresionante, y su mole pétrea, musgosa en algunos puntos y patinada por el tiempo, repelía y atraía a la vez, con morbosa fascinación. El castillo no era excesivamente grande, en comparación con otros que yo conocía, ni tampoco era del tipo clásico que suele verse en fotografías e ilustraciones. Más bien parecía una gran casa de campo, muy antigua, como las de los señores de la Edad Media, mitad residencias, mitad fortalezas.

Tenía dos grandes torres cilíndricas, situadas en el extremo opuesto a la entrada. A continuación venía el cuerpo principal del edificio, con un tejado muy inclinado de pizarra gris, y luego otra torre, más pequeña que las anteriores y de planta hexagonal, en contraste con las grandes. Las tres tenían el dentado de las almenas y estaban rematadas con el clásico tejado

puntagudo que es peculiar de dichas construcciones.

En el lado que miraba al barranco en cuyo fondo me hallaba, pude advertir un gran mirador de piedra, situado en el centro de la fachada y suspendido directamente sobre el abismo. Una persona que hubiera caído desde allí, habría recorrido libremente cincuenta o sesenta metros antes de chocar contra la primera roca. Y luego, habría descendido rebotando y destrozándose su cuerpo contra las piedras, otra distancia similar.

Por el lado opuesto, la montaña era de pendientes más suaves, aunque también bastante abruptas. No había ningún árbol, salvo a una distancia de ciento cincuenta metros de la puerta de acceso, en que se veían los primeros abetos, entremezclados con algunos álamos y chopos, éstos en su mayoría situados en las márgenes del Kainach.

Una leve columnita de humo brotaba de una de las numerosas chimeneas que sobresalían al exterior. Debía ser la de la cocina, calculé.

Estuve contemplando el espectáculo que, brillantemente iluminado por el sol, era realmente atractivo. Luego, mi vista se fijó en una gran piedra que sobresalía de la pendiente de subida al castillo, elevándose unos doce o quince metros sobre el terreno.

Fruncí el ceño. Allí era donde había visto el vampiro las dos veces. La época era ideal; estábamos en la luna llena. ¿Era cierto que había un vampiro en el castillo?

Traté de alejar tales ideas de mi mente. Di media vuelta y procuré contemplar el panorama que se extendía al otro lado del Kainach.

Allí el terreno era más suave y esmaltado de verdes prados, separados por frecuentes muros de seto vivo. De repente, divisé un bulto blanco tendido en el suelo junto a unos matorrales, a unos cincuenta metros de distancia.

La curiosidad me picó. Aquella cosa blanca destacaba tan claramente contra el verdor de los pastos, que no me quedó otro remedio que decidirme a ir a verla.

Contemplé el arroyo que corría rápidamente a mis pies. Busqué un vado con la vista y no tardé en hallar una especie de puente construido con unos cuantos troncos tendidos de cualquier manera sobre unas piedras que sobresalían de la corriente.

Atravesé el puente con cuidado; posiblemente, no me habría ahogado de caer al arroyo, pero la fuerza del agua era considerable y me hubiera causado serias lesiones antes de poder asirme a algún punto sólido. Al fin, conseguí salvar el obstáculo y me encaminé a toda prisa hacia el bulto blanco.

Cuando estuve cerca del objeto, distinguí lo que era: un animal muerto.

Era una ternera joven, de pocos meses, de pelaje blanco y negro. El color más oscuro se confundía de lejos con las matas que casi ocultaban el cadáver del animal, del cual, lógicamente, sólo destacaban las zonas

blancas de su pelaje.

Un súbito presentimiento, asaltó mi ánimo. Sin poder contenerme, me hincué de rodillas junto al animal, dándole la vuelta a la cabeza para examinarle el lado opuesto del cuello, ya que el que estaba a la vista aparecía completamente normal.

El frío invadió mis miembros. Mi cabeza vaciló y durante unos instantes, todo se volvió oscuro y confuso en torno mío.

Después se aclaró mi vista. Pero allí estaban, en el cuello de la pobre bestia muerta, los dos menudos orificios, cubiertos por la sangre ya seca, que indicaban el lugar donde los colmillos del vampiro habían hecho su presa para saciar sus repugnantes deseos con la sangre del animal.

Me puse en pie, tambaleándome, vacilante. Pasé mi mano por la frente, como para alejar de ella una visión de pesadilla. La razón se negaba a admitir la existencia de los vampiros, pero la realidad lo afirmaba de un modo rotundo e incontrovertible.

De repente, una voz sonó a mis espaldas.

—Y esta no será la última víctima que haga el vampiro.

CAPÍTULO V

Giré rápidamente sobre mis talones, enfrentándome con Kilda, que era la persona que acababa de hablar.

La muchacha estaba frente a mí, con su habitual expresión de estatismo e impasibilidad, en la cual destacaba únicamente el fulgor de sus verdes pupilas. El viento hacía ondear libremente sus cabellos, como una dorada bandera de combate.

—¿Qué sabe usted de ello? —pregunté bruscamente.

—Lo que está viendo, profesor —respondió la muchacha—. ¿No le parece suficiente?

—Han sido las alimañas del bosque —dije, no muy convencido de mis manifestaciones.

—Ha sido el vampiro. O los vampiros —contestó Kilda—. No trate de encubrir la verdad; usted sabe que es cierto. Tanto como yo.

—No, eso no es cierto. Yo soy un recién llegado al castillo, en tanto que usted...

—No es preciso llevar mucho tiempo en el castillo para conocer lo que es positivamente verídico —afirmó ella rotundamente—. Usted lo sabe tan bien como yo.

Sacudí, la cabeza, enormemente desconcertado.

—Lo siento, pero me gustaría conocer más detalles sobre el particular. Estamos a más de la mitad del siglo XX; se han enviado cohetes a la luna; dominamos el átomo; vivimos una época de civilización adelantadísima...

—Y sin embargo, existen los vampiros, profesor. Ahí tiene usted la prueba de ello.

Volví a mirar el cadáver de la bestia.

—Aparentemente, es cierto, pero... —¿qué más podía decir yo?

Guardamos silencio. De pronto, ella dijo:

—Márchese, profesor, márchese antes de que sea demasiado tarde. De lo contrario, cualquier noche, el vampiro penetrará en su dormitorio y le chupará la sangre.

Hizo una pausa. Su expresión había variado. Ahora tenía el rostro encendido y el seno le palpitaba con violencia.

—No le sorberá toda la sangre de golpe, sino en etapas sucesivas. Usted se irá debilitando poco a poco, hasta que muera por anemia. Entonces, se convertirá en otro vampiro más, que saldrá en las noches de luna para buscar más víctimas y convertirlas a su vez en sendos vampiros. ¡Váyase, profesor, váyase antes de que sea demasiado tarde!

Y apenas pronunciadas tales palabras, la muchacha dio media vuelta y

trató de echar a correr.

Pero yo fui más rápido. Salté hacia ella y la agarré por un brazo.

—¡No! —grité—. ¡No se marche usted, señorita! ¡Tiene que explicarme lo que sucede en este maldito castillo!

—¿Es que no lo está viendo con sus propios ojos? ¿No ha visto al vampiro volar por las noches en busca de su repulsivo alimento? ¿No ha escuchado sus satánicas carcajadas cada vez que encuentra una víctima?

Las palabras de la joven me dejaron mudo de estupefacción. Ella aprovechó el momento y soltó su brazo de mi mano.

Antes de marcharse, me arrojó una última mirada, junto con una frase absolutamente incomprensible:

—Y yo no estoy loca en absoluto, ¿me comprende usted?

Dio media vuelta y echó a correr rápidamente, poniéndose fuera de mi alcance antes de que pudiera detenerla.

Dejé allí el cadáver de la bestia; ¿qué otra cosa podía hacer? Regresé lentamente al castillo, calculando en mi interioridad los innumerables comentarios a que daría lugar en Jagelwirt el hallazgo de la ternera vaciada de su sangre por el vampiro.

Esperé a la tarde para la clase con Kilda, pero la muchacha no se presentó. Kraubath vino de su parte, rogándome la excusara ya que no se sentía bien. Procuré ocultar la decepción que sentía, en vista de lo cual me apliqué al trabajo con todo fervor.

Llegó la hora de la cena, durante la cual nadie efectuó el menor comentario acerca de la ternera. Antes al contrario, todo se desarrolló en la mayor cordialidad y armonía, con la única excepción de Kilda, quien no compareció tampoco en el comedor.

Sin embargo, pude darme cuenta de que reinaba una tensión extraña en la mesa. Las risas, muchas veces, eran forzadas y hasta violentas, especialmente las de la señora Rathenau. Esta, en aquella ocasión, por contraste con sus escotadísimos vestidos, llevaba aquella noche uno de color rojo y brillante, aunque sin mangas, ceñido de manera hartamente ajustada a su escultural silueta.

El vestido era de cuello alto, de encajes, que le llegaban hasta el mentón. En uno de los movimientos que hizo, sin duda inconscientemente, para arreglarse uno de sus pendientes, el encaje cedió un poco.

Me quedé helado de terror. ¡Bajo la oreja izquierda de Gerda Rathenau había dos puntitos rojos, cuyo origen resultaba completamente inconfundible.

Gerda no pareció darse cuenta de mis miradas. Por mi parte, hundí la vista en el plato, tratando de dominar el temblor de mis nervios. El vampiro empezaba ya a producir víctimas humanas.

Y entonces advertí un detalle que se me había pasado por alto hasta entonces.

¡En todos los días que llevaba residiendo en el castillo, no había visto nunca a Gerda Rathenau hasta hacerse de noche!

No sé lo que cené en esta ocasión, ni el tiempo que empleé en devorar, sin darme cuenta siquiera de que comía, los manjares contenidos en el plato.

Lo único que recuerdo con cierta exactitud era que temblaba de miedo, un miedo espantoso, insuperable, y que tomé el café a grandes sorbos. En cuanto hube terminado, me despedí de los huéspedes y salí del comedor.

Subí a mi habitación más que aprisa, encerrándome en ella con llave. Los dientes me castañeteaban y todo mi ser estaba envuelto en el aura de una fuerte excitación nerviosa.

Poco a poco, sin embargo, me fui calmando. Sobre un aparador cercano tenía una garrafita de vidrio con algunas copas. Puse vino en una de ellas y despaché el contenido de un solo trago.

Me miré al espejo que había sobre el aparador, encontrándome tan pálido como un difunto. Una segunda copa de vino me hizo recobrar en buena parte la ecuanimidad perdida y el calorcillo del alcohol me corrió agradablemente por mis venas.

Empecé a pasearme por la estancia, hondamente turbado. Los indicios de la existencia del vampiro eran cada vez más positivos y reveladores. No se podía dudar de ello, después de haber visto la ternera muerta y luego las dos marcas de colmillos en el cuello de cisne de Gerda Rathenau.

¿Era ella el vampiro? O...

¿El conde?

Recordé. Von Lölhstadt no había sido visible tampoco durante el día en todo el tiempo que llevaba allí. Sólo lo había visto y conversado con él siempre después de oscurecer.

Entonces...

El conde y Gerda eran la pareja de vampiros que aterrorizaba a los sencillos habitantes de Jagelwirt. Posiblemente, von Lölhstadt había transmitido a Gerda el virus diabólico del vampirismo y ésta se había convertido en un ser más de aquellos que no podían morir después de muertos.

Una estridente carcajada sonó de pronto, entre dos alaridos del viento. Los cristales de la ventana rechinaron.

De pronto recordé una cosa: los ajos y el crucifijo.

Tenía que colocarlos; los había guardado en mi maleta como todas las mañanas, pero seguía aún sin sacarlos de allí, aturdido por la increíble visión que había tenido momentos antes.

Extraje de mi bolsillo la llave de la maleta y me dirigí al armario donde estaba acomodada. Abrí el armario y luego la maleta.

Una vez más en aquel horrible día, mi piel se cubrió de un sudor instantáneo y helado.

¡El crucifijo y la guirnalda de ajos habían desaparecido!

Retrocedí tambaleándome. No, no era posible aquello; recordaba perfectamente haberlos guardado antes de bajar a desayunar y precisamente en la maleta de encima, ya que las dos estaban colocadas la una sobre la otra.

Por si se tratase de un error, busqué frenéticamente en la segunda maleta. El resultado fue idéntico.

Miré como un alucinado en torno mío. Presentía que algo horrible me iba a suceder aquella noche. La desaparición de las armas de defensa contra los vampiros así lo indicaba.

Temblando de horror, me encaminé hacia el aparador. Vertí en una copa y la vacié de un trago. Luego volví a repetir la misma labor.

Levanté la copa y la acerqué a mis labios. Pero no pude beber el segundo trago.

Mis ojos horrorizados contemplaron a través del espejo la puerta de entrada al dormitorio que se abría silenciosamente.

Seguí con la vista clavada en el cristal reflector, el movimiento de giro de la puerta. Esta se abrió hasta formar ángulo recto con la pared y luego volvió a cerrarse, con la misma ausencia de ruido.

Entonces me volví rápidamente y no pude contener un grito de horror.

¡Gerda Rathenau estaba frente a mí, sonriéndome incitantemente!

La mujer vestía una especie de amplio camisón negro de flotantes velos, que ocultaban mal las redondas morbideces de su magnífico cuerpo. Los ojos le brillaban codiciosamente y sus rojos labios, más rojos y jugosos que nunca, se entreabrían ligeramente, dejando ver el fulgor de unos dientes de blancura perfecta. No se había molestado siquiera en cubrirse el cuello, en el cual destacaban, como dos rubíes, sendas gotitas de sangre a pocos centímetros bajo la oreja izquierda.

Me estremecí. ¡La imagen de la mujer no se había reflejado en el espejo! No cabía la menor duda; era un vampiro. Hermosísimo, pero vampiro al fin y al cabo.



Su imagen no se reflejaba

—Hola, profesor —dijo con voz baja, de tonos cálidos y sensuales—. ¿No me invita a una copa de vino?

Se me acercó, ondulando sinuosamente.

—Eres un hombre muy atractivo, profesor —murmuró, tuteándome—. Me gustas, palabra.

Estaba envuelta en un penetrante perfume que casi mareaba. La sonrisa no se borraba de sus labios un solo momento.

—Bu... bueno —dije—. La... tomaremos una copa juntos —y me volví rápidamente hacia el espejo, comprobando, como la vez anterior, que la imagen de Gerda no se reflejaba en el cristal azogado.

El cuello de la garrafa tintineó al chocar contra el borde de la copa, tal era el temblor de mis manos. Cuando hube llenado la copa, me volví, abrigando la vaga esperanza de que todo fuera un sueño.

Pero no, allí estaba ella, sonriendo tan incitantemente como desde el primer momento. Alargó el brazo, tomó la copa y dijo:

—Por los dos, profesor.

Bebió casi todo el vino de golpe. Luego, con gesto indolente, dejó caer la copa al suelo.

—Acércate —susurró—. Me gustas, Mortimer, no lo puedo remediar.

Alargó sus blanquísimos brazos hacia mí, rodeándome el cuello antes de que pudiera oponer el menor inconveniente. La carne era fría y ardiente a un mismo tiempo.

Una oleada de algo que no había sentido jamás me envolvió con llamaradas de fuego. Los ojos de Gerda fosforescieron como si fueran los de un animal maligno. Sabía que me encaminaba a mi perdición, pero no podía rehuir el satánico hechizo de aquellas ondas pupilas negras.

Sus labios se acercaron a los míos. Los tocaron, quemándome con su pulpa jugosa. Abandoné todas mis precauciones al rodear con mis brazos el talle cálido y cimbreado de Gerda.

Permanecimos así unos momentos. De pronto, ella separó sus labios de los míos. Me miró un instante y luego, de modo repentino, su boca buscó mi cuello ávidamente.

Fue una visión que duró apenas una décima de segundo, pero suficiente, sin embargo, para que mis pupilas captaron la doble imagen de unos colmillos puntiagudos que buscaban con ansia voraz mi yugular. Sentí en mi carne el pinchazo de los colmillos.

Aquello rompió el infernal encanto que me había subyugado durante unos instantes. Apoyé mis manos en sus hombros y la rechacé con fuerza.

El hermoso rostro de Gerda Rathenau se deformó a impulsos de una ira bestial, infrahumana. Un ronco sonido inarticulado brotó de sus labios, y aquel grito no tenía nada en común con los susurros amorosos, cargados de pasión, que había musitado momentos antes en mis oídos.

Se arrojó sobre mí y pude rechazarla una vez. Obscenas imprecaciones se escapaban de sus rojos labios, en tanto que sus ojos despedían fulgores de cólera. Nuevamente trató de abalanzarse sobre mí, con las uñas fuera, como una gata de gran tamaño.

Me vi perdido. El terror y el espanto habían disminuido notablemente mi capacidad defensiva. Si Gerda conseguía morderme en el cuello, podía

considerarme perdido.

Entonces, en vista de que carecía casi de fuerzas para rechazar sus ataques, hice lo único que cabía hacer en aquellos momentos de tan intenso dramatismo; junté los dos dedos índices de mis manos, colocándolos transversalmente de modo que formaran una cruz.

El efecto resultó instantáneo.

Gerda lanzó un horroroso aullido, a la vez que se cubría los ojos con las manos.

Gerda retrocedió a trompicones, a la vez que gritaba espantadamente. Hinchado de satisfacción, avancé hacia ella.

—¡Fuera, vampiro! —exclamé—. ¡Vete, vete de aquí!

En aquel momento, sonó algo parecido a un cañonazo. La luz se extinguió súbitamente, al mismo tiempo que la ventana se abría de golpe. Una racha de aire helado y bramador irrumpió en la estancia, haciendo ondear las cortinas.

Sonó un agudísimo chillido. La luz de la luna penetraba a través de la ventana.

Un murciélago revoloteó dentro del dormitorio varias veces, hasta que encontró la ventana y desapareció a su través, alejándose mientras chillaba estruendosamente.

Empapado en sudor, helado de espanto, corrí hacia la ventana y la cerré sólidamente. En el mismo momento la luz volvió a encenderse.

Miré en torno mío. Estaba solo.

¡Gerda Rathenau había desaparecido!

Tambaleándome, vacilando espantosamente, me dirigí al aparador. Agarré la botella y tiré el tapón de vidrio a un lado. Bebí directamente, con ansia; oyendo el rápido glu-glu del vino al atravesar mi garganta. No me detuve hasta haber vaciado por completo la botella.

Entonces, con paso tembloroso, me dirigí al lecho. Caí sobre él como un tronco.

El alcohol hizo el resto. Dormí de un tirón hasta que llegó el nuevo día.

CAPÍTULO VI

Cuando me desperté, el sol penetraba de lleno en el dormitorio.

Me senté en el lecho, frotándome los ojos con ambas manos. De repente advertí que estaba vestido.

Entonces recordé de golpe los espantosos momentos que había vivido la noche anterior. Me parecía imposible que hubiera sucedido una cosa semejante, pero así era; no había forma humana capaz de desvirtuar los hechos.

Tenía la boca reseca como consecuencia del alcohol ingerido. Me dirigí al baño, desnudándome y metiéndome bajo el agua helada, lo cual me hizo reaccionar de manera notable, haciéndome sentir al acabar, de manera un tanto incongruente, un soberano apetito.

Al terminar mi aseo, me vestí con ropas limpias, unos zapatos blandos, unos pantalones grises y un *pullover* azul encima de la camisa. Entre mi equipaje había traído algo que siempre solía llevar en mis excursiones para caso de que lo necesitara en alguna circunstancia imprevista; un magnífico cuchillo de varios usos, todos los cuales habían sido pacíficos hasta aquellos momentos.

Naturalmente, no pensaba matar con ello al vampiro, harto sabía que, según la leyenda no podía morir más que de dos formas: con una bala de plata o con una estaca de madera hincada en su corazón. Pero había tomado el cuchillo con otro fin muy distinto: construiría una o varias cruces de madera que me sirvieran de eficaz protección contra los vampiros. Y hablo en plural, porque estaba firmemente convencido de que eran dos al menos: Gerda Rathenau y el conde.

Desayuné fuertemente, solo, porque, al parecer, los demás ya lo habían hecho, después de lo cual salí del castillo, en dirección opuesta al arroyo. Pude encontrar, tras algunas pesquisas, un seto de boj, del cual corté unas cuantas ramas rectas, adecuadas por completo al objeto a que las destinaba.

Al terminar, me volví, dispuesto a regresar al castillo. Lo hice de modo tan imprevisto, que estuve a punto de tropezar con Kilda.

Maldije entre dientes el susto que acababa de llevarme. No obstante, procuré sonreír.

—Buenos días, señorita —dijo—. ¿Se encuentra ya mejor?

—Sí, gracias —contestó ella un tanto secamente—. ¿Qué estaba haciendo, profesor?

Miré las ramitas de boj que tenía en la mano.

—Bueno... entreteníendome un rato. Ahora me disponía a ir a la

biblioteca para comenzar mi tarea.

Ella miró también las ramitas.

—Quiere hacerse cruces para defenderse de los vampiros, ¿no es así?

—Por favor —dije, haciendo una mueca—. Señorita Kilda, yo no creo en semejantes paparruchas...

—Pero, por si acaso, trata de defenderse de esos repugnantes seres, ¿no es cierto?

—Bueno —confesé—, cierto o no, nunca está de más tomar ciertas precauciones. Si lo desea, puedo hacerle también una cruz.

—No es necesario, gracias; yo sé defenderme a mí misma.

—Es una cosa que celebro infinito —respondí.

Callamos unos momentos. De pronto, Kilda preguntó:

—¿Ha vuelto a ver a alguno de los vampiros?

—¿Yo? En absoluto. Y me gustaría, no crea —sonreí—. De este modo, cuando regrese a Edimburgo, siempre tendré algo interesante que contar entre mis amistades.

—¿A su familia, no?

—Soy soltero y no tengo a nadie en el mundo, señorita Kilda, excepto media docena de buenos y sinceros amigos, que disfrutarán enormemente con el relato de las aventuras que les haga a mi vuelta.

Kilda asintió pensativamente.

—Sí, seguramente tendrá mucho que contarles. Y será así, porque es usted tan obstinado que no quiere marcharse en el acto del castillo, sin esperar siquiera a que vengan a recoger su equipaje.

—Mire usted, señorita —dije, tratando de armarme de paciencia—, no estaría bien que ahora dejase a su tío plantado por la cuestión de unos vampiros, supuestos o reales. Cuando se conoce el peligro, es fácil adoptar medidas de defensa, ¿no cree?

—Es cierto, pero, ¿qué sucede cuando el enemigo es más listo o más inteligente que nosotros mismos?

—No creo que la inteligencia de un vampiro pueda superar a la mía —expresé con algo de orgullo.

Kilda sonrió con miseratativamente.

—En todo caso, le deseo mucha suerte, profesor —e inició un movimiento como para marcharse...

—¡Espere un momento! —dije.

Ella me miró de lado.

—¿Sí? —murmuró.

—¿Acudirá usted a la clase esta tarde?

—Trataré de hacerlo... es decir, si me siento mejor, profesor.

—Celebraré que se reponga cuanto antes, señorita Kilda.

—Gracias. Hasta la vista, profesor.

Quedé en el mismo sitio, contemplando cómo se alejaba hacia el

castillo consinsinamente, con paso lento y débil, profundamente preocupado por los dos detalles que había observado en ella durante nuestra breve conversación.

Kilda estaba muy pálida, completamente blanca, y tenía el cuello rodeado por una gran bufanda de lana, que le cubría casi la mitad de las orejas. ¿Por qué aquella palidez? ¿Qué motivos la impulsaban a usar la bufanda en una época, en que, si bien hacía fresco por las noches, la temperatura resultaba aún tolerable por el día?

La solución de estas dos preguntas era sumamente fácil. Después de lo que me había pasado, se contestaban por sí solas.

Regresé al castillo y entré en la biblioteca, dejando las ramas de boj sobre la mesa. Mi vista reparó entonces sobre el libro de la genealogía de los von Löhlstadt.

Instantes después, me hallaba sumido en las páginas de un libro, cuya lectura reputé de fascinadora desde el primer momento. Cuando alcé la cabeza del mismo, comprobé con asombro que habían transcurrido bastante más de dos horas y que era ya llegada la de comer.

Pero en aquel tiempo me había enterado de muchas cosas, una breve síntesis de la cual es la siguiente:

El primer antepasado vampiro del conde, del cual se tenía noticias, era un *voivoda*, o señor de una localidad muy pequeña, situada al pie del Candrelu, una cima de los Alpes de Transilvania, en Rumania, que eleva su cota a dos mil doscientos cuarenta y cinco metros sobre el nivel del mar.

El *voivoda* Rosiorii DeVede, que tal era su nombre, hizo un pacto con otro vecino suyo, de quien se sabía era un brujo reconocido con excelentes influencias en el infierno. A cambio de sus favores, DeVede recibió la facultad de la inmortalidad, mediante su transformación en vampiro.

Ello no le impidió casarse y fundar una familia normal, algunos de cuyos miembros se convirtieron igualmente en vampiros. Una descendiente del *voivoda*, matrimonió siglos después con un antecesor del conde von Löhlstadt, cuando dicho antepasado hizo una breve estancia en aquella localidad transilvar, con motivo de la guerra que los austríacos sostuvieron contra las huestes de Solimán el turco. El conde regresó a su tierra con su flamante esposa, la cual, según podía deducirse, porque no lo expresaba en el libro con demasiada claridad, lo convirtió a su vez en vampiro. Este fue el primer vampiro de los von Löhlstadt.

Los monstruos empezaron a asolar la región. Naturalmente, los campesinos se defendieron y lograron dar muerte a muchos de ellos, hasta el punto de que llegó el momento de que creyeron haberlos exterminado a todos. La comarca de Jagelwirt había permanecido en paz, sin la menor noticia de dichos seres repugnantes, desde finales del siglo XVII hasta unos meses antes, en que el actual conde von Löhlstadt, saliendo al parecer de su tumba, donde había permanecido ignorado durante casi trescientos

años, había empezado a merodear por los contornos en busca de sangre con la cual saciar su sed secular.

Esto último, naturalmente, hube de deducirlo por mí mismo, ya que no lo expresaba el libro. La última referencia a vampiros era la que mencionaba la muerte del decimotercer conde con Lölhstadt. Juzgando por el tiempo pasado, el actual tendría que hacer el número veintiuno o veintidós... a menos que fuera el mismo que murió en 1688.

Entonces... en alguna parte del castillo tenía que existir una tumba. Una tumba, en la cual el conde y su execrable cómplice —¿la condesa, su esposa?— reposarían durante el día de sus diabólicas correrías nocturnas.

Me estremecí. ¿Sería Gerda Rathenau tan antigua como el conde? ¿O se habría casado con éste después de su resurrección?

Cerré el libro, sumamente pensativo. Una y otra vez me repetía que aquello no podía ser, que era fantástico e irreal... pero los actos de Gerda Rathenau durante la noche anterior lo probaban de modo concluyente, sin contar con la res que había hallado muerta y vacía de sangre... y el crucifijo y los ajos que alguien había puesto en mi habitación la noche misma de mi llegada.

Por cierto, ¿quién los había retirado tan oportunamente? Ni el conde ni Gerda podían haber sido; ellos no podían acercarse ni ver siquiera aquellos objetos que consideraban nefastos para su demoníaca naturaleza. Lo cual significaba una cosa: que tenían un cómplice en el castillo.

¿Cuál era ese cómplice? Estaban Kraubath el mayordomo, Litz, el criado y, además, los tres huéspedes, Kapitz, Lange y Hailsd. Cualquiera de ellos podía ser... pero esto no me aclaraba la identidad de la persona que había querido protegerme colocando la guirnalda de ajos y el crucifijo en mi estancia. ¿Kilda?

Terriblemente desconcertado, me acerqué a la ventana del rincón. Vi que se acercaba un carro, cargado hasta arriba, tirado por un robusto percherón, en cuyo pescante vi a dos personas conocidas: el posadero Stefan y su rolliza hija Hansi.

Desde el punto en que me encontraba, pude ver a Kraubath y a Litz que salían por la puerta y empezaban a descargar los bultos que traía el carro y que, acertadamente, supuse se trataba de víveres para el castillo.

La descarga duró aproximadamente un cuarto de hora, al cabo de la cual, Stefan y Hansi se dispusieron a regresar a la aldea.

Mientras se efectuaba aquella operación, pude fijarme en el posadero y en su hija. Los dos parecían muy nerviosos y aprensivos y, por lo que respecta a Hansi, no hacía más que santiguarse nerviosamente con suma frecuencia. Vi claramente el gesto de alivio de la moza al terminar la descarga y su rostro, del cual habían desaparecido los colores de manzana que tan atractivo lo hacían, volvió a recobrarlos.

Entonces, cuando ya Stefan estaba dando la vuelta al carromato, Litz

salió del interior del castillo con un pesado bulto en las manos. Parecía una maleta forrada en lona, la cual entregó al posadero. Este la colocó en la trasera del carro, después de lo cual fustigó al caballo, alejándose de allí con toda la rapidez posible.

El carro desapareció muy pronto en la revuelta más próxima. Unos momentos después, sonó el batintín que anunciaba la comida a los huéspedes.

Acudí al comedor. Como de costumbre, el conde y Gerda faltaban a la mesa.

CAPÍTULO VII

Gerda y el conde comparecieron puntualmente a la hora de la cena. Von Lölhstadt vestía tan pulcramente como de costumbre y en cuanto a ella, lucía un atrevido modelo sin hombreras, de color amarillo, rabioso, que contrastaba curiosamente con su tez de cera y sus negrísimos cabellos. Me fijé en ella muy especialmente; las huellas de las mordeduras del vampiro apenas si eran notables bajo la capa de maquillaje que las cubría.

Gerda estuvo alegre y desenvuelta como nunca, en tanto que la actitud de Kilda era actitud totalmente opuesta. La muchacha apenas desplegó sus labios, mostrándose seria y circunspecta como pocas veces. Durante la clase de inglés de la tarde, había rechazado contundentemente cuantos intentos de acercamiento realicé yo, por lo que no me había quedado otro remedio que desistir y resignarme a tener paciencia.

Y digo tener paciencia, porque, a pesar de cuanto me había sucedido, mi curiosidad crecía a cada segundo que transcurría; y este sentimiento me hacía actuar de modo totalmente contrario a como Kilda esperaba de mí, es decir, quedándome en el castillo en lugar de huir en el acto.

En cuanto a los restantes invitados, bien que terciaran en la conversación, su papel parecía ser el de meros comparsas del drama que se estaba gestando. ¿Comparsas... o cómplices de aquella pareja de vampiros?

Kilda me miró de vez en cuando con actitud suplicante. “¡Váyase, váyase!”, parecía decir su mirada, pero, a fuerza de buen escocés, por mucho miedo que sintiera —y lo tenía, no me da vergüenza confesarlo—, me había forjado el propósito de descubrir las tumbas de los vampiros y aniquilarlos para que no pudieran repetir sus horrendos crímenes.

La cara de Kilda continuaba muy blanca, y su esbelta garganta estaba envuelta en un pañuelo de gasa hasta inmediatamente debajo de las orejas. Esto me confirmó que había sido mordida con toda seguridad por alguno de los vampiros —el conde, probablemente.

Era preciso actuar con cierta rapidez, si no quería que Kilda, a su vez, se convirtiera en otro vampiro. El conde, suponiendo que fuese él, y no había razón para pensar lo contrario, iría sorbiéndole la sangre noche tras noche, hasta hacerla sucumbir por pura anemia. Entonces, Kilda, a su vez, se convertiría en un horrible ser no muerto, en otro vampiro que saldría en las noches de luna en busca de su infernal alimento.

La muchacha me inspiraba una gran pena y, todo hay que decirlo, una singular simpatía. No, no podía tolerar que llegase a un estado tan horrible. Tenía que hacer algo para evitarlo. Pero ¿cómo obrar, cómo actuar, si prácticamente desconocía todo sobre el particular?

Terminamos de cenar y nos levantamos, yéndonos junto a la chimenea, donde Kraubath nos sirvió el café. Una especie de oscuro presentimiento, me hizo tomar tan solo unos sorbos del mío, menos de media taza. El resto cayó al suelo, cuando, con un hábil movimiento, fingí haber tropezado y la taza salió despedida de la mesita por mi mano.

Pedí excusas, limpié con mi pañuelo un poco los bajos de los pantalones de Lange y rechacé una segunda taza de la infusión. Durante unos momentos reinó en aquel lugar un ligero desconcierto.

Kilda me miró interrogantemente. Puse mi mejor expresión de inocencia; tenía formado un plan y no quería que nadie adivinara, ni aun sospechase tan siquiera lo que pretendía hacer aquella noche.

Como de costumbre, la muchacha fue la primera en marcharse. Kapitz y Hailsd se retiraron minutos después, seguidos por el conde. Quedamos en el comedor Lange, quien charlaba muy animadamente con Gerda, y yo.

Lange se retiró minutos después, dejándonos a Gerda y a mí mano a mano. La sugestiva morena se me acercó, con un cigarrillo en la mano.

—¿Tiene un fósforo, profesor? —preguntó con voz cautivadora.

—¡Cómo no, señora Rathenau!

Gerda aspiró el humo y me miró con ojos traviosos. Sonrió ampliamente.

—¿Qué tal van sus trabajos, profesor? Tengo noticias de que se pasa la mayor parte del día en la biblioteca. ¿No se toma nunca un momento de descanso?

—Verla a usted a la hora de la cena, es ya suficiente descanso, mi querida señora Rathenau.

Ella echó la cabeza hacia atrás y rió argentinamente, mostrándome una garganta sin tacha. Luego me miró, sonriendo ampliamente.

—Una frase muy ingeniosa, profesor, y que agradezco cumplidamente. Dígame —añadió—, y aparte de su trabajo, ¿qué tal lo pasa en el castillo?

—No puedo quejarme, señora; las distracciones abundan —contesté significativamente.

—Lo celebro —respondió ella—. Kilda es muy hermosa.

—Cierto, aunque no me refería a ella exclusivamente.

Gerda arrojó el cigarrillo a la chimenea. Sus negras pupilas me miraron con tal intensidad, que por un momento llegué a sentir verdadero pánico.

—Es usted astuto y sinuoso como una serpiente, profesor, y conste que lo digo en el mejor sentido de la frase —manifestó. Avanzó un paso hacia mí, con ojos inflamados por el deseo—. Y, ¿no le gustaría aumentar el número de sus distracciones?

La pregunta fue formulada en tono bajo, insinuante. El opulento busto de Gerda palpitaba aceleradamente, en tanto que sus labios se entreabrían invitadamente.

—El deseo de divertirse del hombre ha sido siempre connatural en él —

respondí—. Ahora bien, es preciso saber distinguir entre las distracciones sanas y convenientes y...

—¿Las inconvenientes? —rió suavemente, dando otro paso hacia mí.

—Exactamente.

De repente, sus brazos se dispararon como sendas serpientes de cálido y flexible marfil, enroscándose en torno a mi cuello. Su aliento quemaba.

—Y yo, ¿qué clase de distracción le parezco, profesor? —dijo apretándose fuertemente contra mí.

Continuaba sonriendo. Pero pude advertir un detalle; no tenía aquellos colmillos tan puntiagudos que yo le había visto la noche anterior. Además, el comedor no era el lugar adecuado para ejercer sobre mí sus execrables funciones.

Estrujé su talle con fuerza, de tal modo, que arranqué de sus labios un suave quejido de dolor. Luego aplasté aquellos labios jugosos, llenos de vida y de calor, con los míos.

Las manos de Gerda se crisparon sobre mi nuca. Si era o no un vampiro, en aquel momento no parecía más que una mujer apasionada entregada por completo a la sugestión y al hechizo del beso que nos unía frenéticamente.

Permanecimos así unos instantes. De pronto, sonó una voz a nuestras espaldas.

—¿Estorbo?

Nos separamos rápidamente. Sentí que mis mejillas se encendían, en tanto que Gerda se ahuecaba el cabello con gesto displicente.

—En absoluto, querido conde —dijo—. No se quede en la puerta, por favor.

—Desearía hablar unos momentos a solas con usted, mi querida señora Rathenau —dijo von Löhlstadt.

—Les dejaré solos —me ofrecí, adelantándome un paso, a la vez que maldecía entre dientes al inoportuno.

—Oh, no, no por favor —exclamó Gerda. Se alisó el traje por la parte de las caderas con ambas manos y respiró profundamente, haciendo que su seno resaltara con fuerza bajo la tela del vestido—. Hablaremos más cómodamente en la biblioteca, ¿no le parece, conde? Dispénsame, profesor.

—A su disposición, señora —contestó él. Se retiró a un lado para dejarla pasar y cuando ella le hubo rebasado, me arrojó una mirada preñada de amenazas.

Inspiré con fuerza, tratando de normalizar mi pulso. ¡Rayos!, Gerda podría ser un vampiro, pero en aquellos momentos se sentía una mujer, como había tenido ocasión de comprobar plenamente. ¿Por qué había tenido que venir el conde a interrumpirnos en lo mejor?

Bastante enojado, tomé una taza de café sin darme cuenta de lo que

hacía ni de que faltaba más de la mitad del contenido de la misma. Sorbí aquel resto, pero antes de que el líquido hubiera terminado de pasar por mi garganta, lo escupí con fuerza a las llamas de la chimenea.

Hice un gesto de repugnancia y me limpié los labios con el pañuelo. Acto seguido, saqué un cigarrillo y lo encendí, con objeto de quitarme el mal gusto del brebaje.

De pronto, reparé en un detalle en el cual no me había fijado hasta entonces. Uno de los bordes de la taza estaba manchado ligeramente de carmín.

Había otra taza también manchada, pero el tono en ésta era mucho más intenso, como si fuera sangre. En cambio, el color de aquella en que yo había bebido inconscientemente era mucho más claro.

Era obvio, pues, deducir a cuál de las dos mujeres pertenecían las tazas. La que Gerda Rathenau había utilizado estaba vacía, en tanto que Kilda se había dejado casi la mitad de su porción, que yo había arrojado después al fuego.

Entonces comprendí que aquel sabor desusadamente amargo no se debía a la carencia de azúcar. ¡Habían puesto una droga en el café de la muchacha!

Ya no me quedó duda acerca de lo que iba a sucederle aquella noche. Estaba seguro de que ella había notado también el amargor del narcótico debido a lo cual, no se había concluido el contenido de la taza. A pesar de todo, me dio la sensación de que la joven había ingerido el suficiente narcótico para dormir profundamente durante varias horas.

Y mientras dormía, el vampiro realizaría su repugnante obra.

Arrojé el cigarrillo a la chimenea y salí al corredor. El silencio más absoluto reinaba en el castillo, interrumpido de modo esporádico por las ráfagas de viento que chocaban con fuerza contra sus bastiones.

Crucé el vestíbulo, cuya iluminación había sido reducida al mínimo, lo mismo que la de la escalera y el corredor. Subí presurosamente a mi habitación y cerré la puerta con llave a mis espaldas.

Hecho esto, busqué las ramitas de boj que había cortado aquella mañana y, de modo apresurado, me dispuse a fabricar hasta cuatro cruces, que era el número de las que podía construir con el material que me había procurado. Entonces, tremendamente consternado, me di cuenta de que carecía de hilo para atar las ramas.

Mis vacilaciones no duraron mucho. Abrí una de las maletas y extraje de ella una camisa, cuya tela rasgué rápidamente en tiras. En pocos momentos, tuve dispuestas cuatro cruces, una de las cuales guardé bajo el *pullover*, sujetándola por la parte inferior con el cinturón de mis pantalones.

En aquel momento sonó una estridente carcajada.

Los cabellos se me erizaron de horror al escuchar por todas partes. La

carcajada se multiplicó por mil y los diabólicos ecos de aquella risa, que parecía retumbar acabó fundiéndose con los silbidos del viento.

Una súbita premonición me asaltó en el mismo momento. Apagué la luz y me dirigí hacia la ventana, que abrí de par en par.

Mis suposiciones se convirtieron en certidumbre. ¡El vampiro estaba allí, sobre la roca en que solía posarse!

Su negra capa se agitaba con los soplos del viento. En su rostro pude ver brillar dos pupilas amarillas, que fosforecían de un modo singular en las sombras de la noche, especialmente y más todavía por hallarse situado a contraluna.

De repente, el vampiro extendió sus brazos, desplegando la capa en toda su amplitud. En el mismo momento, un hondo gemido pareció brotar del fondo del valle, junto al lecho del arroyo. El gemido era súplica y alarido de horror a la vez y poseía unas tonalidades vagamente musicales, pero de un fondo horrendamente siniestro que helaba la sangre en las venas.

El vampiro dio un salto hacia adelante y se fundió con las tinieblas. De pronto, sentí un agudo chillido muy cerca de mí.

Un murciélago revoloteó alborotadamente a pocos pasos de la ventana. El repugnante animal pareció querer entrar en mi habitación, pero tras unas cuantas evoluciones sin sentido, acabó por desaparecer, chillando estridentemente.

Retrocedí y cerré de golpe, echando la falleba. Tomé una de las cruces que había construido y la coloqué junto a la ventana. Al menos, le había cerrado al vampiro una vía de acceso.

Colgué otra de la puerta del dormitorio y la tercera en fin, de la del baño. Hecho esto, me dispuse a socorrer a Kilda.

Estaba seguro de que el vampiro atacaría aquella noche a la muchacha.

CAPÍTULO VIII

Asomé cautelosamente la cabeza por la puerta apenas entreabierta. El corredor estaba débilmente iluminado por dos amarillentas lámparas situadas en sus extremos, de tal modo que apenas si se podían distinguir algunos detalles. La puerta de la habitación de la muchacha estaba en sombras, lo cual no dejó de satisfacerme, pues ello contribuía notablemente a mis propósitos.

Salí de mi cuarto y avancé sigilosamente a lo largo del corredor. Al llegar a la puerta del dormitorio de Kilda, tanteé la cruz que llevaba bajo el *pullover*; aquella era mi única defensa para caso de que me encontrase con el vampiro. Con el cuchillo no había ni qué soñar tan siquiera, a pesar de lo cual, también lo llevaba encima.

Escuché atentamente. No se oía el menor ruido, excepto los intermitentes embates del viento contra los gruesos muros del castillo, ruido al cual ya me había acostumbrado tanto que había llegado a parecerme natural.

Entonces me decidí a abrir la puerta. Estaba dispuesto a pasarme la noche en vela junto a Kilda, con objeto de que no le sucediera nada. Hice girar muy suavemente el pomo y miré a través de la rendija.

Sólo podía divisar desde allí el final del lecho de Kilda, idéntico al mío. Abrí un poco más y pude ver que el dosel cubría la cama casi por completo.

Respiré profundamente. El vampiro, a lo que parecía, no había llegado aún.

Penetré en la estancia, cerrando a mis espaldas. Entonces divisé la ventana abierta de par en par. Las cortinas flotaban libremente, ondeando a las rachas de viento.

La habitación estaba completamente a oscuras. Sin embargo, la luz de la luna penetraba a través de la ventana, produciendo una penumbra que, para unas pupilas habituadas a las tinieblas, resultaba más que suficiente.

Ello me permitió de repente distinguir un bulto negro que sobresalía a medias del dosel de la cama.

Un helado escalofrío de horror sacudió mi cuerpo de arriba a abajo. ¡El vampiro había llegado ya!

En mi interés por salvar a Kilda, olvidé toda precaución. Me abalancé sobre el monstruo, a la vez que, sin darme cuenta de lo que me hacía, emitía un grito bárbaro, bestial.

El vampiro se volvió hacia mí. Era el conde, no podía dudarlo en modo alguno.

mi rostro estaba deformado por una diabólica mueca de odio. Un leve resplandor verdoso se desprendía de su rostro, infundiéndole un aspecto realmente espantoso. Sus dedos, como garfios de acero, se tendieron hacia mí de pronto, buscando ávidamente mi garganta.

Reparé, en una fracción de segundo, en sus largos colmillos y en la sangre que le goteaba a lo largo del mentón en un delgado hilo. ¿Cuánto tiempo llevaba allí, practicando en Kilda su demoníaca labor?

No podía ser mucho, porque apenas habían pasado diez minutos desde que lo viera echarse a volar desde la roca. Sin embargo, era imperativo alejarlo de allí fuera como fuera.

Retrocedí un paso, huyendo de aquellas garras que buscaban mi cuello con voracidad. Manoteé aparatosamente, logrando apartarlas en el último instante.

Luego disparé mi puño derecho. Como no era una bala de plata ni una estaca de madera, el conde acusó el golpe con un gruñido de dolor, muy poco acorde con su singular situación. Lo repetí con todas mis fuerzas, y von Löhlstadt retrocedió.

Volví a lanzarme sobre él. Entonces, su mano atrapó la mía y, antes de que pudiera evitar la presa, me retorció el brazo a la espalda, haciéndome girar en redondo, de tal modo que quedé dándole la espalda.

Sentí su cálido aliento en mi nuca, junto a la oreja. El horror de la situación me causó pánico, pero el mismo miedo me hizo reaccionar. A riesgo de partirme el brazo, me incliné hacia adelante, haciéndolo voltear aparatosamente.

La capa del monstruo revoloteó unos instantes. Luego, su cuerpo chocó contra el suelo.

A pesar de todo, poseía una magnífica agilidad. Se puso en pie casi en el acto y de nuevo inició la acción de arrojar sobre mí.

Pero ya había recordado que poseía un arma formidable para detener al vampiro. Precipitadamente, metí la mano bajo mi *pullover* y extraje la cruz que coloqué entre el conde y yo.

—¡Fuera! ¡Vete, bestia maldita! —le increpé.

Un horrendo rugido de furia impotente se escapó de los ensangrentados labios del conde, a la vez que se cubría el rostro con la capa. Miró un instante por encima de su brazo y luego retrocedió de nuevo, bramando espumeantes interjecciones.

Y, de repente, una luz vivísima estalló silenciosamente en el dormitorio, deslumbrándome por unos instantes. A pesar de todo, tuve la suficiente serenidad para mantener mi brazo en alto, al extremo del cual, el crucifijo de boj era la más eficaz protección que podía soñar para Kilda y para mí.

Cuando la luz se hubo apagado y las tinieblas hubieron vuelto a descender sobre el dormitorio, comprobé que el conde había desaparecido.

Un murciélago chilló agudamente fuera de la ventana; luego, todo quedó en silencio.

Tambaleándome como un beodo, caminé hacia la ventana, la cual cerré fuertemente. Luego, mientras respiraba con fuerza, a fin de recobrar la normalidad de mi pulso, encendí un fósforo.

Junto a la cama, sobre una mesilla de noche, había una palmatoria con una vela. Encendí ésta y soplé la cerilla.

Luego aparté a un lado los cortinajes del dosel. Kilda dormía apacible y sosegadamente, con uno de sus brazos fuera del embozo y los rubios cabellos esparcidos sobre la almohada, en torno a su cabeza, de modo que formaban una aureola que parecía hecha de hilos de oro.

El rostro de Kilda aparecía singularmente pálido. Tenía la cabeza ladeada hacia la derecha y en el cuello, bajo la oreja, se veían dos puntitos rojos, separados entre sí por unos centímetros.

Tomé el pulso de la muchacha, hallándolo regular, aunque un tanto débil. Por el momento, no parecía correr un inminente peligro de muerte, aunque resultaba de todo punto evidente que si los ataques del vampiro se repetían, acabaría por morir desangrada.

Y yo no podía consentir que le sucediera tal cosa. Había demasiados enigmas en su actitud para que no me sintiera sumamente intrigado y resuelto a desvelarlos a toda costa, a la vez que advertía que el sentimiento de simpatía que me había inspirado Kilda desde un principio, empezaba a transformarse en algo más profundo.

Coloqué el crucifijo de boj sobre su seno. Luego, tomando una silla, me senté junto al lecho dispuesto a velar el de Kilda durante toda la noche.

CAPÍTULO IX

Regresé a mi cuarto cuando apenas apuntaba el alba y ya, por lo tanto, no eran de temer los ataques del vampiro. Las cruces continuaban en su sitio y, después de cerrar cuidadosamente la puerta, me tendí unos momentos en el lecho para descansar un rato, pues físicamente me sentía agotado.

Pensé una y otra vez en los sucesos ocurridos horas antes. Era imposible, imposible, me repetí infinidad de veces... pero los vampiros existían... y atacaban. Lo había podido comprobar por mí mismo; no cabía la menor duda.

Parecíame sencillamente horrible que pudieran suceder tales cosas en pleno siglo XX, pero... ocurrían. Y puesto que aquello era una verdad incontrovertible, a partir de aquellos momentos todos mis esfuerzos debían dirigirse a la destrucción, como fuera, de aquellos seres malignos.

Pensé en el fuego como medio salvador, desechándolo casi inmediatamente. No, quemar el castillo no serviría de nada; los vampiros son inatacables por el fuego... aparte de que sólo conseguiría hacer arder unas cuantas vigas. Y aun suponiendo que lograra incendiar el castillo por completo, ¿dónde estaba la tumba de los vampiros para hacer llegar a ellos los efectos de las llamas?

Había que buscar otro medio. El más cómodo y el que mejor tenía a mi alcance, era el de la estaca de madera aguzada por uno de sus extremos, método clásico para destruir a los vampiros. Sin embargo, aunque procurarme dicha arma era fácil, la dificultad estribaba precisamente en hallar la tumba donde el conde y Gerda Rathenau reposaban durante el día.

Después de llegar a tales conclusiones, no demasiado satisfactorias por cierto, dormí unas cuantas horas. Eran ya cerca de las diez de la mañana cuando bajaba al comedor, donde desayuné fuertemente. Necesitaba conservarme en buena forma, si quería conseguir mis propósitos, y no era haciendo gazmoñerías ante la comida como podría conseguirlo.

Litz me sirvió en silencio, sin hacer la menor observación acerca de mi tardanza. Al terminar, encendí un cigarrillo y me dirigí a la biblioteca.

Estuve trabajando hasta cerca de las dos de la tarde. Cuando me noté un tanto fatigado, hice un alto en mi tarea.

Me acerqué a la ventana, desde la cual observé se divisaba parcialmente la entrada al castillo. Mi sorpresa fue enorme al ver a Klaus Stefan al pie de su carro, discutiendo enérgicamente con alguien a quien no podía divisar desde el lugar en que me hallaba.

No pude escuchar una sola palabra de la discusión. Lo único que vi fue que Stefan parecía tremendamente irritado. Terminó con un violento ademán y trepó al pescante de su carro. Tomó el látigo y azuzó al animal, haciéndolo arrancar velozmente por la cuesta abajo.

Sin darme demasiadas prisas, salí de la biblioteca. Entonces pude ver a la persona con quien discutía el posadero.

Era Kraubath. El mayordomo me contempló con interés lleno de deferencia.

—El señor profesor se ha olvidado de la comida —dijo cortésmente.

—Es cierto —contesté—. Me enfraqué en el trabajo y...

—Si el señor profesor desea pasar al comedor, diré a Litz que le sirva de comer al instante.

—Muchas gracias, Kraubath, es usted muy amable.

—Estoy a las órdenes del señor profesor —contestó el mayordomo, inclinándose. Y se alejó en dirección a la cocina.

Entré en el comedor, encontrándome con la agradable sorpresa de ver a Kilda en la estancia.

La muchacha se hallaba sentada frente al fuego, en actitud abstraída, y no se dio cuenta de mi presencia hasta que la llamé:

—¡Señorita von Löhlstadt!

Kilda se irguió un tanto. Sus ojos brillaron ligeramente, a la par que sonreía.

—¡Profesor!

Me senté con rápido gesto frente a ella, tomándole ambas manos. Se las encontré frías, pero con vida interior, no obstante.

—¿Cómo se encuentra, señorita? —pregunté.

—Bien —contestó—, aunque un poco débil y cansada —separó sus manos de las mías con ligera sonrisa y se pasó una de ellas por la frente marfileña—. No sé a qué puede deberse esta debilidad; francamente no lo entiendo.

Miré su cuello, las señales de la mordedura del vampiro aparecían claramente bajo su oreja izquierda, aunque con cierta tendencia a cicatrizar.

—Yo puedo decírselo, señorita —expresé en voz baja—, aunque no son estos el momento ni el lugar más adecuado. ¿Ha comido usted ya?

Kilda contestó afirmativamente, un tanto extrañada ante la que parecía una incongruente pregunta.

—Espere a que lo haga yo —dije. Acababa de ocurrírseme una idea—. Después, saldremos a practicar el inglés al aire libre, empleando como tema de nuestra conversación el castillo y el paisaje que lo rodea.

Ella hizo un signo de aquiescencia, comprendiendo que quería decirle algo importante y que no debía ser escuchado por oídos ajenos. Casi en el mismo momento, penetró Litz con una bandeja cargada de comida.

Media hora después, Kilda y yo salíamos del castillo, tomando la dirección del valle del Kainach. Llegamos abajo en otro tanto tiempo y, una vez al pie del montículo, empecé a hablar.

—Esta mañana, al despertarse —dije—, se habrá encontrado sobre su pecho una cruz de boj.

—Sí —respondió ella—. Por cierto, la cosa me intrigó notablemente.

—Tiene su explicación —manifesté—. Se la puse a usted, aunque un poco tarde ya, después de que el vampiro la había atacado, aprovechándose de que usted estaba narcotizada.

El rostro de la muchacha tomó un pronunciado tono ceniza.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Es eso cierto?

—Cuando regresemos a su habitación, mírese al espejo. Verá en su garganta las huellas del monstruo. Afortunadamente, llegué a tiempo de impedirle que siguiera adelante con su obra infernal.

Kilda se cubrió el rostro con las manos.

—¡Qué horror! Entonces... —me miró poco después—, eso explica mi... mi debilidad... He perdido sangre y...

—Exactamente. Y vamos a procurar que en lo sucesivo no vuelvan a producirse hechos semejantes. Podrá parecerle extraño, pero yo también fui atacado noches atrás por otro vampiro: la señora Rathenau. Afortunadamente, pude rechazarla a tiempo; de lo contrario, habría sucumbido a sus viles designios.

La muchacha se retorció las manos.

—¡Qué situación tan espantosa! —exclamó—. ¿Cómo podríamos evitarla, profesor?

—Hay dos medios —repuse lentamente—: Uno sencillo y otro difícil. El sencillo es, pura y simplemente, la huida. El difícil es hallar las tumbas de esos seres repelentes y matarlos para que no puedan continuar cometiendo crímenes tan abominables.

—¡Huir! —repitió ella absorta—. Sí, sería el medio más cómodo de evitar a los vampiros. Pero... —sus grandes ojos me miraron con expresión implorante—, si nos vamos, los vampiros proseguirán su obra de horror y muerte.

—Entonces, nuestro deber es evitar que continúen actuando. Y para ello, lo mejor es hallar sus tumbas y matarlos.

—Sí, es una buena idea —concordó. Luego dijo—: Podríamos participárselo también a los otros huéspedes de este modo, tendríamos más ayuda y, por lo tanto, nuestras posibilidades de victoria serían mucho mayores.

Reflexioné unos momentos sobre la propuesta de Kilda. Luego moví la cabeza negativamente.

—Es mejor que no se divulgue el secreto —respondí—. Además, estimo que no nos creerían si se lo dijéramos. No, debemos hacerlo nosotros

mismos, Kilda.

—Tiene usted razón, profesor. A usted, quizá pudieran creerle, pero a mí... —sacudió la cabeza con aire pensativo—. No, eso empeoraría mi situación mucho más de lo que ya lo está.

—No la entiendo —dijo—. ¿Quiere explicarme lo que le sucede? Kilda —había abandonado ya los tratamientos—, confíe en mí, se lo ruego. Considéreme como un amigo de verdad, completamente sincero.

Ella vaciló. Pareció por un momento que iba a abrirme su corazón, pero en el último momento, retrocedió.

—No, no quiero —dijo—. Le ruego me dispense, profesor, pero no creo oportuno todavía expresarle lo que me sucede... y que no tiene que ver nada en absoluto con los vampiros.

—Está bien. Respeto sus razones, Kilda. Y ahora, ¿quiere contestarme a unas cuantas preguntas?

—Desde luego, profesor.

—Llámeme por mi nombre —sonreí—. O, si lo prefiere, llámeme Timmy, como lo hacen mis amigos.

Kilda sonrió y su rostro pareció iluminarse con un resplandor sobrenatural, ultraterreno.

—De acuerdo, Timmy —dijo.

—Está bien. Ahora, dígame: En todos los castillos, por regla general, suele haber una cripta donde hay una o más tumbas, en las cuales reposan los restos de algunos de los antepasados de quienes habitaron en el castillo en tiempos remotos. ¿Conoce usted la existencia de un lugar semejante en éste?

—No, en absoluto. Jamás he visto ni oído nada que pueda relacionarse de lejos con una cripta sepulcral. ¿Por qué?

—Temo que en esa cripta duerman los vampiros durante el día —dijo—. Si la encontrásemos, destruirlos sería la cosa más fácil del mundo.

—¿Lo cree usted así? —preguntó ella ansiosamente.

Respiré con fuerza.

—Mi apreciada Kilda —dijo—, nunca había creído en cosas semejantes... hasta que he tenido la ocasión de verlas y palparlas. Por lo tanto, si es cierto que en el castillo hay dos vampiros, no es menos cierto también que deben dormir durante el día en un lugar escondido donde se sitúan fuera del alcance de los mortales.

—Pero ¿qué podemos hacer para hallar sus tumbas? Jamás oí hablar de una cripta en el castillo; es la primera noticia que tengo... y no pasa de ser una suposición suya, Timmy.

—Si existen vampiros —insistí—, hay tumbas y donde hay tumbas, hay también una cripta. Nuestro problema principal consiste ahora en hallarla.

—Bien, haremos todas las pesquisas posibles. Es todo cuanto puedo decirle, Timmy.

—Gracias, Kilda —respondí—. Y mientras practicamos esas investigaciones —por supuesto, con toda la discreción posible—, debemos procurarnos medios de defensa suficientes para los ataques nocturnos de los vampiros.

—Lo haré así. Deme instrucciones, Timmy, y procuraré cumplirlas al pie de la letra.

—Eso me gusta —sonreí, tomándola una mano, que esta vez no intentó soltar—. Ahora, dígame, una cosa. Su tío, ¿no sale nunca durante el día? Lo he estado observando atentamente desde que me encuentro aquí y no he podido verle más que a las horas de cenar.

—Se encierra en su habitación y tiene dada orden de que no se le moleste para nada en absoluto.

Empecé a ver claro en el asunto.

—¿Ni usted tampoco?

Kilda denegó con la cabeza.

—Una vez entré en su habitación y estaba vacía. El hecho me intrigó, pues estaba segura de que no había salido de ella en todo el día.

—¡Ya está! —exclamé alborozado—. Entonces, es seguro que la habitación de su tío tiene algún pasadizo secreto que la comunica con la cripta donde reposa durante el día. Tendremos que buscar ese pasadizo; en los edificios antiguos como el castillo, eso es cosa corriente.

—De acuerdo —contestó Kilda—, pero no hoy; se nos está haciendo tarde y dentro de poco anochecerá.

—Podemos dejarlo para mañana por la mañana, después del desayuno. Miraremos también la estancia de la señora Rathenau. Posiblemente, tiene también una comunicación con la cripta.

Los ojos de la muchacha brillaban febrilmente.

—Y entonces podré demostrar concluyentemente que no estoy loca —exclamó.

CAPÍTULO X

La noche transcurrió, afortunadamente, sin el menor incidente. Si los vampiros salieron de sus tumbas, no se acercaron a nuestros dormitorios respectivos. Las cruces de boj y las guirnaldas de ajos, además de un sólido cierre de puertas y ventanas, habían sido unos efectivos medios de defensa contra los ataques de aquellos seres inmundos, algunos de cuyos estridentes chillidos llegaron a nuestros oídos durante el resto de la noche.

Por la mañana, apenas hubimos desayunado, y Kapitz se hubo marchado a pintar y los cazadores a cazar, Kilda y yo nos encaminamos a la habitación del conde.

Dos horas más tarde, podíamos comprobar, bastante defraudados, que no solamente en el dormitorio del conde, sino en el de la encantadora y sinuosa Gerda Rathenau, no existía el menor indicio que pudiera señalarnos la entrada del supuesto pasadizo

Kilda y yo nos miramos bastante desconcertados. Al fin, pateando el suelo, exclamé con rabia:

—¡Esto no puede ser! ¡La cripta existe! Busquemos por todas partes, hemos de hallar las tumbas!

Reemprendimos la búsqueda hasta la hora de la comida. El resultado fue tan infructuoso como anteriormente.

La comida se desarrolló en un ambiente sombrío y cargado de oscuras amenazas. El viento soplaba con fuerza, barriendo las nubes, signo indudable de que en cuanto se ocultase la luna durante su fase de novación, el tiempo se haría insoportable. Al menos, sin embargo, tendríamos un consuelo: los vampiros permanecerían inactivos durante una docena de días.

Después de comer, salimos a dar un paseo. Para no despertar extrañeza, yo había manifestado, durante la comida, que practicaríamos el inglés al aire libre, como el día anterior. De esta forma, si alguno de los huéspedes era cómplice de los vampiros, nuestro gesto podría parecer completamente natural.

Una vez fuera, nos dirigimos hacia la derecha, es decir, hacia la parte menos abrupta, pero con la intención de dar la vuelta por completo al castillo. Caminamos tranquilamente, sin prisas, deteniéndonos aquí y allí, mientras charlábamos de temas aparentemente convencionales.

De repente, con plena deliberación, para coger desprevenida a la muchacha, pregunté:

—¿Por qué dice usted, casi continuamente, que no está loca, Kilda?

Ella se detuvo un momento y sus verdes ojos me miraron con intenso

fulgor. Su seno experimentó de pronto un brusco movimiento de vaivén.

—Quieren demostrar que lo estoy, para apoderarse del castillo y mis restantes propiedades, pero me encuentro completamente sana de mente, Timmy, se lo aseguro.

Parpadeé, extrañado.

—¿Cómo? ¿Que quieren...? Pero ¿quiénes?

—Mi tío, el conde, naturalmente.

—No lo entiendo —sacudí la cabeza—. Por favor, Kilda, ¿tiene la bondad de explicarme?

Ella asintió.

—Verá. Hace unos meses recibí la visita de Kraubath, el cual venía en nombre de mi tío. Entre paréntesis, le diré que resido habitualmente en Viena y que mi medio de vida es un empleo que tengo en una importante empresa comercial. Bien —suspiró—, Kraubath se presentó como enviado de mi tío el conde, rogándome me fuera a vivir con él al castillo durante una temporada.

“Tras mucho meditarlo, accedí a ello. Efectivamente, sabía que el castillo era mío, pero mi padre, por reveses de fortuna derivados de la guerra, se vio en la precisión de hipotecarlo para subvenir a nuestro mantenimiento. Los pocos ingresos que se reciben del castillo y de algunas tierras que tengo en arrendamiento, apenas si bastan para cubrir los réditos de la hipoteca; de este modo, es lógico, pues, que yo tuviera que trabajar para comer.

“No conocía a mi tío, pero supe que era él por el extraordinario parecido que tiene con mi difunto padre. El conde es el heredero del título, pero el castillo era nuestro. Al cabo de poco tiempo, comenzaron las presiones para que le autorizara a venderlo.

”Me negué. No sé por qué, quizá por un exceso de sentimentalismo, pero no pude acceder a sus pretensiones. Y entonces fue cuando mi tío empezó a hacer presión sobre mí y, entre otras cosas, empezó a insinuar ciertas deficiencias en mi estado mental. Me dijo que la guerra y la falta de alimentos y vitaminas adecuados durante la misma, cuando yo era una niña, podían haber afectado mi cerebro y que sería conveniente fuera reconocida por una especialista.

“Seguí negándome e insistiendo en mi perfecto estado de salud mental. Entonces, él le escribió a usted. Dijo que se necesitaba un bibliotecario para arreglar los libros y, al mismo tiempo, así tendría yo ocasión de perfeccionar mis conocimientos de inglés.

Un relámpago de comprensión iluminó mi cerebro.

—Y usted creyó que yo era un psiquiatra traído especialmente para reconocerla, bajo la capa de bibliotecario y profesor de inglés.

—Exactamente. ¿Y no es así, Timmy?

—Mi querida niña —dije—, tengo de la psiquiatría la misma idea que

podría tener un caballo de la pintura de Picasso. Efectivamente, soy lo que su tío dijo, pero no lo que dejó insinuar. Y si yo no recibí su carta es debido, posiblemente, a que se la interceptaron. ¿La llevó usted a la estafeta de Jagelwirt?

—No. Se la entregaré a Stefan para que la echase al correo.

—¿A Stefan? —pregunté, extrañado.

—Sí. Al mismo. El posadero se mostró muy amable y prometió acceder a mis deseos.

—Y luego —dije con labios contraídos por la ira—, entregó la carta a su tío. Este la leyó y, consiguiendo la destruyó acto seguido.

—Así debe ser —concordó ella—. Pero no me explicó por qué fue a contratarle a usted para el papel del supuesto psiquiatra.

—Recibí la propuesta por medio de la Real Sociedad Histórica y Geográfica de Edimburgo, de la cual soy miembro insignificante, aunque activo. Sabían que estaba preparando una tesis sobre historia austríaca y supusieron, acertadamente, que nada mejor que esta ocasión para documentarme directamente sobre el terreno. Y en cuanto a que su tío pidiese un pretendido psiquiatra inglés, se debe, estimo, a que no quería traer ninguno de Viena, el cual, quizá, hubiera aumentado sus dificultades.

—Es muy posible —murmuró ella, asistiendo.

—¿Y qué interés le guía al querer vender el castillo? Si lo vende, quizá tenga que abandonar su tumba. Además, ¿para qué necesita un vampiro el dinero?

—La compradora es la señora Rathenau —dijo Kilda de manera sorprendente.

—¡La señora Rathenau! —exclamé, absorto.

—Así es, Timmy.

—¿Cuánto tiempo lleva en el castillo?

—Unas cinco o seis semanas, aproximadamente.

—Y llegaría de noche.

—En efecto. Desde luego, puedo asegurarle que tampoco se la ve por el día.

Encendí un cigarrillo, hondamente meditabundo. Luego continué:

—¿Y los otros huéspedes?

—Kapitz lleva algún tiempo más que la señora Rathenau. En cuanto a los otros dos, vinieron poco después, un mes más tarde, aproximadamente.

—¿Y se pasan el día cazando?

—Bueno, al menos eso es lo que dicen.

—¿Usted les ha visto regresar alguna vez con piezas cazadas en el morral?

—Sí, tres o cuatro, no muchas, sin embargo. Son poco comunicativos y, salvo a las horas de las comidas, suelen estar ausentes siempre del castillo.

—Sería cosa de investigar las actividades de esa pareja de aves de mal

agüero —manifesté—. Parecen inofensivos, pero en vista de lo que sucede, no estaría de mal tenerlos bajo vigilancia. ¿Y Kraubath?

—Es muy atento y servicial, no puedo decirle más.

—¿Litz?

—Se pasa el día limpiando y cocinando. No hay otra servidumbre en el castillo.

—Pues como cocinero lo hace estupendamente —dije—. Ahora, fíjese en lo que voy a preguntarle, Kilda, es muy interesante que me responda exactamente y, sobre todo, la verdad.

Ella se detuvo frente a mí y se me quedó mirando con sus grandes y cándidos ojos.

—Sí, Timmy —respondió sencillamente.

—La noche de mi llegada, recordará que estuvimos desmenuzando el tema de los vampiros, su modo de actuar y las maneras de defenderse de ellos.

—Así es —respondió la muchacha.

—Cuando subí después a mi habitación, me encontré con un crucifijo de boj y una guirnalda de dientes de ajo. ¿Los había colocado usted?

La cabeza de Kilda negó vigorosamente, a la par que su rostro expresaba el asombro que sentía.

—En absoluto, Timmy.

Me froté la mandíbula con fuerza.

—Ese es un extremo —dijo—, que habrá que aclarar en el momento oportuno.

Mientras charlábamos, habíamos dado ya la vuelta casi completa al castillo, quedando frente a la fachada del mirador. De pronto, la mano de Kilda se crispó sobre mi brazo.

—¡Timmy!

Miré en la dirección que me indicaba. Los dos cazadores, Lange y Hailsd, cruzaban a unos cuarenta o cincuenta metros de nosotros, al pie mismo del derrumbadero, armados de sus escopetas. Agitaron sus manos para saludarnos y les correspondimos en igual forma.

Esto no hubiera tenido nada de particular, a no ser porque, segundos antes, la escena estaba completamente desierta, a excepción de nosotros dos. De haber bajado del castillo por el lado contrario al que habíamos venido nosotros, tendríamos que haberlos visto a la fuerza. En la forma en que se habían hecho visibles, daba la sensación de haber surgido directamente de debajo de la tierra.

No pude seguir haciéndome más reflexiones sobre el particular. De repente, un gemido ahogado se escapó de los labios de Kilda.

—¡Timmy! ¡Timmy! —dijo, con voz estremecida de horror.

Se me abrazó, temblando convulsivamente, a la vez que ocultaba su cabeza en mi pecho. Rodeé sus hombros con mis brazos.

—¿Qué le sucede, muchacha? ¿Por qué tiembla tanto?

—A su derecha, Timmy, a su derecha —dijo, sin levantar la vista.

Miré en la dirección indicada. La sangre se me heló en las venas instantáneamente.

Una mano humana, blanca como la nieve, asomaba sus dedos crispados por entre unos matorrales cercanos, a cuatro o cinco metros de distancia.

CAPÍTULO XI

—Quédese quieta aquí, y no se mueva, Kilda —rogué.

La muchacha asintió, con un nuevo estremecimiento. Separándome de ella, fui hacia el matorral, apartando sus ramas a un lado.

Me arrodillé junto al cadáver, cuya presencia hubiera podido pasarnos desapercibida, a no haber sido por la mano que asomaba fuera de las matas.

El muerto, porque se trataba de un hombre, era alguien a quien habíamos mencionado Kilda y yo, no hacía mucho.

—¡Stefan! —exclamé, al reconocer al viejo posadero. Luego advertí un detalle singular.

Por un momento, me quedé atónito, sin respiración.

¡El rostro del posadero, en cuyos ojos se advertía el infinito horror de su agonía, estaba completamente blanco, exangüe.

Stefan yacía un tanto sobre el lado izquierdo. Precipitadamente, le di la vuelta y examiné su garganta.

¡Las huellas del vampiro aparecían, de modo inconfundible, bajo la oreja izquierda!

Me incorporé, vacilando espantosamente. Retrocedí un par de pasos, los ojos fijos en el cadáver con una morbosa fascinación. Las manos me temblaban como las de un azogado.

—¡Timmy! —gritó la muchacha.

Me volví hacia ella.

—¡No te vuelvas, Kilda! —ordené perentoriamente.

Ella contuvo su gesto. Sus ojos me contemplaron con expresión ansiosa.

—Se trata de Stefan, el posadero. Ha muerto... desangrado por el vampiro.

—¡Oh!

Kilda gimió agudamente y se tapó los ojos con las manos.

La atraje hacia mí.

—Tienes que ser fuerte y saber hacer frente en todo momento a las circunstancias, Kilda.

—Sí, Timmy.

—Stefan está muerto y ya no podemos hacer nada por él —continué—. Ahora, nuestra obligación es volver al castillo y desde él avisar a los gendarmes de Jagelwirt.

—¡Timmy! ¡En el castillo no hay teléfono! —exclamó la muchacha de repente.

Contuve una imprecación. El teléfono era un servicio del cual no había

tenido la menor precisión durante mi estancia en el castillo, por cuyo motivo no había reparado siquiera en su inexistencia.

—Bien —resolví—, entonces irá Kraubath al pueblo. Regresemos nosotros.

Mientras volvíamos, Kilda no cesaba de gemir y lamentarse continuamente. Apenas llegados al castillo, echó a correr hacia su habitación.

Busqué a Kraubath, y lo encontré en la cocina, ayudando a Litz en la preparación de la cena.

—Kraubath —dijo—, hemos hallado un cadáver en el arroyo, al pie del mirador.

—¿Un cadáver? —repitió el mayordomo, atónito.

Los ojos de Litz me contemplaron con mal oculto interés.

—Así es, Kraubath. Se trata de Stefan, el posadero, por lo que le ruego se desplace inmediatamente a Jagelwirt y avise al jefe de la gendarmería local.

Kraubath se desciñó el delantal con gesto impasible.

—Muy bien, señor —declaró—; así lo haré.

Salí de la cocina y me encaminé a la biblioteca, profundamente conturbado. Estuve allí largo rato, hasta que se hizo de noche.

Entonces me extrañé que no hubiera acudido nadie desde Jagelwirt. Vi en un rincón de la estancia un largo cordón de llamada y, yéndome hacia él, tiré con fuerza.

Kraubath compareció momentos después.

—¿Señor profesor? —dijo obsequiosamente.

—¿Avisó usted al jefe de los gendarmes, tal como le ordené?

—Ruego al señor profesor se sirva disculparme —contestó el impasible mayordomo—. Me he permitido la libertad de ir al arroyo para examinar el cuerpo del pobre Stefan, pero me he encontrado con la desagradable sorpresa de no hallar ningún cadáver.

—¡Qué!

La sorpresa era ahora mía. Estaba seguro; Stefan había muerto, yo mismo lo había visto y había palpado su carne fría y sin vida, al tocarle la muñeca para tomarle el pulso.

¡Y ahora, Kraubath decía que no había ningún cadáver en el arroyo!

—Así es, señor —contestó Kraubath, iniciando la acción de retirarse.

—¡Un momento! —dije imperativamente.

El mayordomo se volvió, contemplándome con gesto inexpresivo.

—¿Señor profesor? —dijo.

—¿Quién le ordenó a usted ir al arroyo.

—Nadie, señor profesor —contestó—. Únicamente, en mi exceso de celo, creí...

—Usted no debió creer nunca nada —le corté tajantemente—. En lo

sucesivo, cuando me dé alguna orden, límitese a cumplirla de modo estricto, sin salirse en absoluto de los términos de la misma. ¿Me ha comprendido usted, Kraubath?

Los ojos del mayordomo relampaguearon. No obstante, supo mantener su ecuanimidad.

—Así lo haré en lo sucesivo, señor profesor —contestó. Y tras una profunda inclinación, se alejó.

Quedé nuevamente solo en la biblioteca, devorando mi furia. Tenía la seguridad de que nos habían estado espiando desde algún lugar del castillo y habían contemplado nuestro descubrimiento del cadáver, retirándolo acto seguido una vez nos habíamos alejado del lugar del macabro hallazgo.

Pero, entonces, ¿por qué lo habían retirado? ¿Acaso no querían que se divulgase por la comarca la existencia de los vampiros, cuando ya era algo completamente notorio y público?

Se me ocurrió de repente una idea, que acogí con calor. Era un excelente razonamiento y a él me aferré con la misma ansia con que el náufrago se aferra a la tabla salvadora. Habían matado a Stefan y luego habían dejado su cuerpo, de modo que resultara fácil descubrirlo, para que pudiéramos ver las causas de su muerte. Y después, aprovechando nuestra ausencia, lo habían retirado, escondiéndolo en algún lugar completamente desconocido para nosotros.

¿Quién había retirado el cadáver?

Inmediatamente pensé en los cazadores. El lugar abundaba en accidentes tras los cuales esconderse con toda facilidad para vigilar nuestros movimientos. Era indudable que ellos y no otros habían sido quienes habían escondido el cuerpo del infeliz posadero.

Otra pregunta, ésta ya sin respuesta, asaltó mi imaginación a renglón seguido. ¿Qué hacía el posadero por aquellos lugares? ¿Tendría que ver su presencia con la discusión que le había visto sostener el día anterior con Kraubath?

Me acerqué a la ventana, fumando pensativamente un cigarrillo. Era ya noche cerrada y aún no había salido la luna. Llevaba diez días en el castillo y el satélite estaba a punto de entrar en su fase de menguante. Por lo tanto, dentro de unos cuatro días, más o menos, los vampiros cesarían en sus nocturnas correrías.

Luego las reanudarían. Y nos amenazarían a Kilda y a mí, además de a otros desdichados como Putzi Stübmig y Stefan. ¿Podríamos librarnos de ellos?

Quizá, si abandonábamos el castillo, ahora que era tiempo todavía. Pero aquello significaba tanto como desertar ante el enemigo. Y no podíamos hacerlo; teníamos la obligación moral de derrotar definitivamente a los vampiros.

Harto de pensar, tiré el cigarrillo y abandoné la biblioteca. Después de

cenar, me escabullí del comedor en cuanto pude y me retiré a mi habitación, colocando mis armas defensivas en la forma acostumbrada.

Fui a desnudarme, pero al tomar el pijama, noté en él un bulto duro. Aparté la prenda a un lado, hallándome con la enorme sorpresa de encontrarme con una pistola en las manos.

Contemplé el arma con ojos incrédulos. ¿Qué hacía un artefacto semejante en mi habitación?

Y, de pronto, lo comprendí todo de un golpe. Con gestos febriles, extraje el cargador, examinando los cartuchos atentamente.

¡Las balas eran de plata!

Había alguien en el castillo que quería ayudarme. El mismo que había colocado el crucifijo de boj y la guirnalda de ajos en mi estancia la noche de mi llegada. Esto era evidente y no podía negarse, pero ¿quién era mi desconocido benefactor?

Recargué el arma nuevamente, dejándola de tal modo que pudiera empuñarla y disparar en el acto si era necesario. Luego, sonriendo beatíficamente, me quedé dormido a los pocos momentos.

A media noche me desperté, sintiendo un gran sobresalto. Pero no se debía a ningún susto.

Mientras dormía, mi subconsciente había estado trabajando activa y continuamente durante todo el tiempo. Y ello me había hecho descubrir, de modo completamente fortuito, la forma de llegar a la cripta del castillo.

Recordé el incidente de la tarde anterior, en los momentos precedentes al hallazgo del cadáver de Stefan. Los cazadores parecían haber surgido del fondo de la tierra.

Esto no era verdad. Habían salido de algún lugar magníficamente escondido, con toda seguridad, de algún túnel cuya boca exterior se hallaba situada al pie del derrumbadero, y por medio de la cual debía tenerse más acceso, sin duda, a la cripta donde yacían los vampiros durante el día.

Me recosté de nuevo en la cama. Escuché. Incluso los gemidos del viento parecían haberse acallado.

Al día siguiente buscaría la entrada a la cripta. Pero no durante el período de luz, sino cuando hubiese llegado la noche, con objeto de pasar más inadvertido.

Tales pensamientos calmaron mis nervios de modo notable. Cerré los ojos y, a los pocos momentos, dormía de nuevo como un bendito.

CAPÍTULO XII

Lo primero que hice, a la mañana siguiente, fue cerciorarme del perfecto estado de salud de Kilda... La muchacha me manifestó que no había sucedido nada durante la noche y el ver un poco de color en sus habitualmente descoloridas mejillas, confirmó sus palabras. Miré su cuello; las huellas de los dientes del vampiro cicatrizaban normalmente. El no haber perdido más sangre y una sólida alimentación, habían obrado en dos días un cambio espléndido en su aspecto.

La dejé para que se vistiese. Luego me dirigí hacia la escalera.

Antes de llegar a ella, sin embargo, escuché una voz alterada. La voz procedía de una garganta femenina, que no era la de Gerda Rathenau.

Una súbita sospecha me asaltó de inmediato. Caminando de puntillas, me asomé por la esquina del corredor.

Hansi Stefan estaba en el centro del enorme vestíbulo, discutiendo vivamente con el mayordomo. Kraubath trataba de calmarla, pero la muchacha aparecía tremendamente excitada.

—Mi padre ha desaparecido aquí —decía poco menos que a voz en grito—. Ustedes lo están escondiendo si no algo peor. Quiero ver al señor conde inmediatamente.

—Mi querida Hansi —respondió Kraubath benévolamente—, su padre vino anteayer aquí y luego regresó a Jagelwirt. Eso es todo cuanto sabemos de él.

—¡No! —contestó Hansi con voz vibrante—. Mi padre está aquí. Quiero verle en el acto, lo exijo, ¿me oye usted, Kraubath?

—Le repito que el señor Stefan se marchó del castillo y ya no ha vuelto. Lo que haya podido sucederle después, es algo que no se me alcanza, linda Hansi.

—Entonces, avísele al conde de que estoy aquí. Deseo verle.

—Mi hermosa Hansi —dijo el mayordomo—, Su Excelencia tiene dada orden terminante de que no se le moleste en absoluto durante unas horas que tiene señaladas de antemano. Hasta la hora de la cena no podrá usted verle.

Hansi emitió una risa estridente y nerviosa.

—Claro que no lo veré —dijo—. Como que es un vampiro y los vampiros duermen de día —su tono se hizo de pronto incisivo y contundente—. Ahora ya sé lo que le ha sucedido a mi pobre padre: el vampiro le cejó sin gota de sangre.

Dio media vuelta y se encaminó con paso enérgico hacia la puerta.

Una vez en ella, miró al mayordomo.

—El jefe de los gendarmes tendrá sin duda que hacer muchas preguntas al conde, se lo aseguro, Kraubath —manifestó la muchacha.

Y salió.

Contemplé al mayordomo desde mi puesto de observación. Pude advertir la crispación de sus manos y la cólera que se reflejaba en su esquelético rostro, habitualmente tan imperturbable. Kraubath permaneció así unos instantes y luego, dando media vuelta, se alejó con paso rápido hacia la cocina.

Entonces salí de mi escondite y bajé a desayunar al comedor.

El resto del día transcurrió con aparente normalidad. No obstante, pude advertir en Kapitz y en los otros dos huéspedes cierta ansiedad que no les era corriente. Fingí no haberme dado cuenta de ello y al terminar, me llevé a Kilda a la biblioteca, so pretexto de dar nuestra clase de inglés.

Le expliqué todo cuanto había sucedido aquella mañana y le comuniqué asimismo mi extrañeza por la incomparecencia del jefe de los gendarmes de Jagelwirt.

—Posiblemente, Hansi se ha arrepentido y espera un poco más a que aparezca su padre —sugirió la muchacha.

—Es muy probable —dije, de acuerdo con ella.

—¿Qué va a hacer hoy, Timmy?

Le expliqué mi plan. Kilda se mostró ansiosa.

—Ten mucho cuidado —me dijo—. Esos seres son muy peligrosos.

Me eché a reír, al tiempo que tocaba con fuerte palmada el bolsillo posterior de mis pantalones.

—Tengo una pistola con balas de plata —respondí—. Alguna persona benévola, a quien nunca agradeceré su gesto lo suficiente, me la dejó anoche bajo la almohada.

—Es curioso —observó ella—. A mí me ocurrió lo mismo. Yo también tengo una pistola con balas de plata.

—Eso sí que es una extraordinaria coincidencia—manifesté—. Me gustaría saber quién es el que trata de ayudarnos, para darle las gracias personalmente.

Ella asintió pensativamente.

—También a mí. De todas formas, lo principal es que estamos protegidos.

—Cierto. Y por la noche, el vampiro se cuidará muy mucho de atacarme o de lo contrario...

Kilda me tomó por el brazo con gesto ansioso.

—¡Timmy, yo iré contigo! —dijo.

—No, en absoluto. Empiezo a sospechar que me estoy enamorando de ti y, por lo tanto, no quiero exponerte a ningún peligro. Iré yo solo y tú estarás en tu cuarto, esperándome si quieres, pero bien protegida, ¿me comprendes?

Un gesto de decepción se pintó en su hermoso rostro.

—¡Oh, Timmy! —dijo.

—No se hable más —respondí tajantemente, y ella ya no insistió.

Llegó la noche y, como de costumbre, el conde y Gerda Rathenau hicieron acto de presencia. También como de costumbre, Gerda lucía uno de sus vistosos atavíos: un escotadísimo vestido azul oscuro, sin tirantes, que dejaba su espléndida espalda completamente al descubierto. Ser un vampiro no estaba reñido, al parecer, con la coquetería de lucir su tipo escultural, envuelto —es un decir— en los mejores modelos parisinos.

Deliberadamente, hice omisión a cuanto se refiriese al posadero y a su linda hija. La cena transcurrió en un ambiente de extrema cordialidad, al menos en lo que al conde y Gerda y yo se refería. Kilda mostraba su aspecto taciturno cada vez que estaba en presencia de la pareja y, en cuanto a los otros tres, apenas si terciaban en la conversación. Los noté nerviosos y aprensivos a más no poder. Era evidente que actuaban en complicidad con los vampiros. ¿Por dinero?

El conde se mostró un brillantísimo conversador, en lo cual Gerda no le fue a la zaga. Gracias a ello, la velada se prolongó un poco más de lo acostumbrado, por lo que ya eran casi las once de la noche cuando nos retirábamos a nuestras habitaciones.

Esperé largo rato antes de salir de mi dormitorio. Cuando lo hice, caminé con todo el sigilo que me fue posible, llegando a la puerta en contados momentos.

Entonces me di cuenta de que había olvidado un detalle imperdonable: no tenía ningún medio de alumbrarme, y la luna tardaría aún dos horas, al menos, en salir.

Me mordí los labios, sumamente indeciso. De pronto, una voz sonó suavemente a mi lado.

—El señor profesor desea sin duda darse un paseo, ¿no es cierto?

El salto que pegué me llevó a dos metros de distancia de la persona que acababa de hablar. Era Litz, el contrahecho, el cual me sonreía de un modo que me pareció horrible, deformado su rostro por aquella espantosa cicatriz que le cruzaba el lado izquierdo de lado a lado.

Su único ojo brillaba con reflejos sanguinolentos, pero su expresión parecía contener cierta bondad que cuadraba mal con su horripilante semblante.

—Es cierto, Litz —dije—. Me sentía... algo desvelado y quise... quise tomar un poco el aire.

Me alargó un objeto que tomé no sin asombro.

—Entonces —contestó—, le será muy útil esta linterna, señor profesor. La noche está muy oscura, y una caída por los derrumbaderos podría serle fatal.

Contemplé fijamente al individuo.

—Gracias, Litz —contesté al cabo.

—Siempre a la disposición del señor profesor —contestó el contrahecho, alejándose acto seguido con su peculiar cojera.

Estuve aún algunos momentos en el mismo sitio luego, resolviéndome, abrí la puerta y salí al exterior.

CAPÍTULO XIII

El viento volvía a silbar. Sus rachas eran frías y desagradables. El cielo estaba completamente cubierto por una espesa capa de nubes, que no permitían ver el menor rayo de luz de las estrellas.

De tanto en tanto, el mugido del Kainach llegaba a mis oídos, entremezclado con el ulular de las ráfagas de viento.

Un murciélago pasó cerca de mí, chillando estridentemente. Se alejó antes de que pudiera agitar la mano tan siquiera.

A pesar de la ayuda de la linterna eléctrica que me había dado Litz, me era preciso caminar con infinito cuidado; el menor paso en falso, podría precipitarme de cabeza por el barranco, con los fatales resultados que son fáciles de adivinar.

De pronto, cuando menos lo esperaba, mis pies se hundieron en algo blando y elástico. Extendí las manos hacia adelante para agarrarme a algo, pero no encontré ningún asidero y caí de bruces.

Durante una décima de segundo, temí estrellarme. Cuál no sería mi asombro al advertir, no solamente que no recibía el menor daño, sino que mi cuerpo rebotaba en algo blando y elástico, parecido a un enorme colchón de espuma o una red de hilos de goma.

¿Una red?

La frente se me cubrió de un sudor frío al pensar en una araña gigantesca y su tela para atrapar las presas que le servirían de alimento. Pronto, sin embargo, deseché idea tan desatentada.

Luchando contra aquello blando e inconsistente, pude salir a terreno firme. Cuando me sentí en lugar seguro, volví a encender la antorcha, la cual, sin embargo, no había soltado de la mano.

No pude ver otra cosa que un trozo de suelo cubierto de plantas y hierbajos de escaso tamaño. La blandura de aquel trozo de terreno no dejó de intrigarme.

Lo examiné con toda atención, centímetro a centímetro, sin encontrar el menor resquicio donde pudiera hallarse una posible entrada a la cripta que tanto buscaba. Al fin, desalentado, hube de convenir que se trataba de un amontonamiento insólito de hierbas y plantas acumuladas de tal modo que cubrían un gran hoyo de unos cinco o seis metros de ancho, por una profundidad menor de la mitad.

Aquello no era lo que yo buscaba. Di media vuelta y proseguí mi descenso.

Un cuarto de hora más tarde, me hallaba al pie del derrumbadero. Entonces, con ayuda de la lámpara, empecé a examinar los muros rocosos

palmo a palmo.

Mi investigación resultó completamente infructuosa. Al cabo de una hora larga de atento examen de la base del derrumbadero, llegué a la conclusión de que allí no estaba la entrada a la cripta.

Y, sin embargo, un oscuro presentimiento, basado, principalmente, en la inesperada aparición de Lange y Hailsd, me decía que el acceso tenía que estar allí ¿Cómo? ¿De qué manera se las habían arreglado para ocultarlo tan astutamente?

Apagué la antorcha y medité unos momentos. La luz de la lámpara era insuficiente. Tendría que bajar por el día, arriesgándome a ser observado. No me quedaba otro remedio si quería...

Un ruidito inesperado interrumpió bruscamente mis pensamientos. Me volví, justo en el mismo instante en que una sombra negruzca se arrojaba sobre mí.

Apenas tuve tiempo de levantar la mano derecha y golpear el rostro del desconocido con la propia linterna. La lámpara estalló sordamente y mi asaltante emitió un gruñido de dolor.

El individuo se rehízo pronto, no obstante, y tornó a la carga. Me golpeó con fuerza en la mandíbula y retrocedí hasta que mi espalda chocó contra el muro rocoso.

El impacto resultó dolorosísimo. Me retorcí, tratando de alejar de mí el momentáneo aturdimiento que me había asaltado. Mis esfuerzos resultaron baldíos.

Algo cayó sobre mi cráneo con devastador estruendo. La noche se convirtió de pronto en un bramador fogonazo rojo, que se extinguió sin embargo en una reducidísima fracción de segundo. Y la oscuridad me abrigó de nuevo con un consolador manto de silencio.

Cuando me desperté, era ya casi de día. Me senté en la cama, notando un terrible dolor en la cabeza y un singular torpor en todos mis miembros.

Poco a poco, mis ideas, confusas y alborotadas, fueron aclarándose hasta recobrar la claridad normal de mi mente. Entonces recordé lo que me había sucedido la noche anterior.

Permanecí todavía unos momentos en el lecho, hasta que me sentí un poco mejor. Entonces me dispuse a encaminarme al baño, donde tenía aspirinas que me aliviarían el todavía persistente dolor de cabeza.

No me asombró hallarme en mi habitación. Después de todas las extrañas cosas que me estaban sucediendo, encontraba lógico y natural que el individuo que me atacó, me hubiera transportado hasta el dormitorio. Seguramente habría sido ayudado por algún compañero; no es cosa fácil transportar mis noventa kilos de peso, pero éste era un detalle relativamente sin importancia en aquellos momentos.

Eché el embozo a un lado y me puse en pie. Inmediatamente, me sentí asaltado por un terrible vértigo, a la vez que la estancia empezaba a girar

en torno mío con enorme velocidad.

Perdí momentáneamente el sentido. Cuando lo recobré, momentos después, me hallé tendido a medias al pie del lecho, advirtiéndome en mi cuerpo una extraña debilidad cuyo origen no sabía explicarme.

Me arrastré hasta los pies de la cama, agarrándome a una de las columnas que sustentaban el dosel. Haciendo un enorme esfuerzo, conseguí ponerme en pie nuevamente.

Otra vez me asaltó el vértigo, aunque en esta ocasión, conseguí mantener mi lucidez. Al cabo de unos momentos, durante los cuales permanecí asido con todas mis fuerzas a la columna, creí haber hallado las energías suficientes para salvar la distancia que había de la cama al baño.

Caminé a trompicones, teniendo que agarrarme a una de las jambas de la puerta para no desplomarme de nuevo. Finalmente, y tras no pocos esfuerzos, que me cubrieron de sudor de arriba abajo, conseguí llegar hasta el lavabo.

Abrí el armario de las medicinas y saqué el tubo de analgésico. Puse dos aspirinas en la mano y después de llenar un vaso de agua, me las eché en la boca.

Para beber el agua, tuve que inclinar la cabeza hacia atrás. Tragué unos cuantos sorbos del líquido y entonces miré la imagen que se reflejaba en el espejo.

Me asustó la horrible palidez de mi rostro. Todo mi cuerpo se sintió instantáneamente acometido por un temblor convulsivo, que me costó bastante dominar.

Cuando hube recobrado la serenidad en parte, volví a mirarme en el espejo. Entonces comprobé de una vez mis siniestros temores.

¡Las marcas de los colmillos del vampiro aparecían claramente grabadas en mi cuello, bajo la oreja izquierda!

CAPÍTULO XIV

No sé cómo pude conseguir llegar hasta la cama. Lo único que recuerdo es que pasó largo rato antes de que al fin, consiguiera recuperarme de la espantosa sorpresa recibida.

El vampiro se había aprovechado de mi inconsciencia, para sorberme la sangre. Entonces, ¿dónde estaban mis defensas?

Por más que miré, no pude conseguir encontrar los crucifijos de boj. Esto significaba claramente que alguno de los viles cómplices del monstruo, obedeciendo sus órdenes, había retirado aquellos símbolos sagrados, con el fin de permitirle cumplir sobre mi cuerpo su diabólica tarea.

¿Quién había sido el vampiro?

Sólo podía tratarse de una persona: Gerda Rathenau. La imaginé inclinada sobre mí, mordiéndome en el cuello y devorando con repugnante ansia la sangre que le servía de alimento. Por eso me encontraba tan débil y de ahí provenían los vértigos y mareos que me habían acometido al intentar ponerme en pie.

Cuando al fin recobré la serenidad, me dije que había un medio de contrarrestar los efectos del maligno poder de los monstruos. A la cabecera de la cama había un cordón del cual tiré unas cuantas veces.

Kraubath apareció poco después.

—Tráigame un buen desayuno —le ordené secamente—. No me encuentro muy bien y por eso quiero permanecer en cama. Ello no impide, sin embargo, que tenga un magnífico apetito.

El rostro de Kraubath no expresó extrañeza alguna por mis palabras. Saludó y se fue tras asentir deferentemente.

Volvió media hora después, con una bandeja cargada de alimentos. No tenía demasiado apetito, pero era preciso comer para contrarrestar siquiera fuese en parte la debilidad de mi cuerpo. Y, aun haciendo un esfuerzo, conseguí hacer desaparecer todos los manjares que me habían servido.

Cuando estaba terminando de desayunar, llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —dije.

Kilda entró, cerrando a sus espaldas. Se asombró enormemente al verme todavía en el lecho.

—¡Timmy! —gritó, mientras corría hacia mí—. ¿Qué te sucede?

Me bajé el cuello de la chaqueta del pijama, enseñándole las marcas dejadas por los dientes del monstruo.

—¡Mira, Kilda!

La muchacha lanzó un chillido de horror.

—¡Timmy, te ha mordido!

—Así es —dijo, con aire ceñudo—. Pero te aseguro que no va a morder a nadie más.

—¿Qué es lo que piensas hacer? —me preguntó, cogiéndome las manos con ansia.

—Dentro de unos momentos, me vestiré y saldré en busca de la entrada de la cripta. Y puedo garantizarte que no volveré a entrar en el castillo sin antes haber matado a los monstruos.

El rostro de la muchacha se inflamó.

—Yo iré contigo, Timmy —dijo.

—No, no quiero exponerte a ningún peligro...

—Anoche cedí —dijo ella con voz firme—. Pero hoy te desobedeceré. Y en el caso de que no quieras que te acompañe, iré yo por otro lado.

Su resolución me convenció.

—Está bien —dijo—. Ven conmigo... Aguarda un momento. ¿Conservas aún la pistola de balas de plata?

—Sí, la tengo en mi cuarto.

Le conté en pocas palabras lo que me había sucedido. Luego dije:

—Ve a buscarla, y también la cruz de boj. Mientras tanto, me vestiré.

—De acuerdo —contestó la muchacha, saliendo en el acto.

Aparté la bandeja a un lado y salté de la cama. El desayuno había obrado prodigios en mi cuerpo, pues me sentí muchísimo mejor. Aunque las piernas me flaqueaban un tanto, esta vez, sin embargo, no volvieron los mareos.

Minutos después, me hallaba vestido y en disposición de entrar en campaña. Entonces llegó Kilda.

La muchacha se había ataviado con un pullover azul claro y pantalones negros. Estaba adorable, y sentí que mi corazón se inflamaba de un apasionado amor hacia ella.

No pude contenerme y la estreché entre mis brazos. Kilda no opuso la menor resistencia.

—Kilda, cariño —dijo—, cuando todo esto haya terminado, te pediré que te cases conmigo y nos iremos a vivir a mi tierra.

Ella me miró con ojos cargados de amor.

—Sí, querido —respondió sencillamente.

Nos besamos durante unos instantes maravillosos. Luego, la realidad se impuso y fue necesario, que nos arrancásemos al hechizo de aquel momento que hubiéramos querido prolongar eternamente.

Guardé la pistola en el bolsillo posterior de mi pantalón. Acto seguido tomé la mano de Kilda.

—¡Vamos!

Salimos de la habitación y bajamos las escaleras a la carrera, cruzando de igual forma el vestíbulo.

Cuando ya alcanzábamos la puerta, oímos una voz imperativa.

—¡Quietos!

Detuvimos nuestra alocada marcha en el acto, volviendo el rostro hacia donde había sonado la voz.

Kraubath estaba en un lado del vestíbulo, a media docena de pasos de distancia, empuñando una pesada pistola automática.

—¡Vuélvanse por donde han venido! —dijo—. Vuélvanse o dispararé.

Kilda se soltó de mi mano y avanzó un paso hacia el mayordomo.

—Kraubath —exclamó—, arroje esa pistola. Le recuerdo que la dueña del castillo soy yo y que debe obedecer mis órdenes sin discusión alguna. ¡Tire la pistola, le digo!

—Mi único dueño es Su Excelencia el conde von Löhlstadt y sólo debo obedecer lo que él me mande. Lo siento, señorita Kilda pero Su Excelencia me ha prohibido dejarles salir del castillo en absoluto. A los dos —concluyó para que no hubiera lugar a dudas.

Calculé nuestras posibilidades. Eran muy escasas, teniendo en cuenta la pistola que nos amenazaba. Antes de que hubiera podido sacar la que tenía en el bolsillo, Kraubath habría tenido tiempo sobrado para vaciar sobre nosotros el cargador entero de la saya.

—¿Se da cuenta de que se está haciendo cómplice de un horrible delito, Kraubath? —exclamé.

Una desdeñosa sonrisa curvó los labios del mayordomo.

—Deje eso de mi cuenta, profesor —respondió. Movié la mano armada significativamente—. Vamos, suban a sus habitaciones.

Kilda me miró y, resignadamente. Inició un movimiento de retirada. Pero yo me planté impertérrito en el mismo lugar, dispuesto a todo antes que confesarme derrotado.

Kraubath avanzó hacia mí, situándose entre la puerta y nosotros dos. La distancia se redujo considerablemente, de tal modo que sólo con alargar la mano, hubiera podido tocar la boca de la pistola.

Con la mano izquierda, Kraubath tanteó la puerta, con el fin de cerrarla con llave. Entonces, con voz completamente natural, mientras volvía el rostro a un lado, dije:

—Litz, ¿también usted está con este forajido?

Kraubath cayó en la trampa. Giró levemente la cabeza, apartando sus ojos de los míos durante una fracción, de segundo.

Esta era la ocasión que esperaba. Salté hacia adelante, manoteando para apartar la pistola de mi cuerpo.

Sonó un estampido que retumbó estruendosamente bajo la bóveda del vestíbulo. El ruido del disparo ahogó el seco ¡crack! del impacto de mi puño contra la mandíbula del mayordomo.

Kraubath se inclinó hacia adelante, a la vez que la potencia del impacto, no perdió el conocimiento. Trató de levantar de nuevo la mano

armada.

Era preciso dejar a un lado las consideraciones si queríamos vivir. Alcé el pie derecho y se lo clave sañudamente, con todas mis fuerzas, en el bajo vientre.

Kraubath se inclinó hacia adelante, a la vez que emitía un aullido de agonía. Soltando la pistola, se oprimió la parte afectada con ambas manos.

Cerré el puño y le golpeé, tras la oreja, una, dos, tres veces, hasta hacerle perder el sentido por completo. Al fin, Kraubath quedó tendido en el suelo, convertido en una masa inerte.

—Busca algo para atarle, pronto —dije a Kilda.

La muchacha reaccionó prestamente. Mientras traía lo necesario, me apoyé en la pared, respirando fatigosamente. Todavía notaba en mi cuerpo la debilidad que me había causado la pérdida de sangre, y si había podido sostener la pelea con éxito se debía principalmente a la excitación nerviosa, que me habían devuelto por el momento unas fuerzas perdidas a medias.

Kilda regresó poco después con los cordones de unos cortinajes, con los cuales atamos sólidamente al infiel mayordomo. También traía una servilleta de la cocina, que sirvió para amordazarle.

Luego lo escondimos bajo la escalera. Al terminar, pudimos considerarnos con el paso libre.

Recogí la pistola que Kraubath no había tenido tiempo de utilizar. Acto seguido, abrí la puerta y nos precipitamos al exterior.

El cielo continuaba cubierto y las nubes galopaban velozmente, arrastradas por el viento cuyos fúnebres aullidos se dejaban oír con frecuencia. Con la mayor rapidez que nos fue posible, descendimos la escabrosa pendiente, hasta hallarnos al pie del derrumbadero.

—Estoy seguro —dije—, de que la entrada a la cripta debe hallarse por aquí. Recuerda que Lange y Hailsd surgieron repentinamente, como por arte de magia. Aunque anoche miré todo detenidamente, no es lo mismo hacerlo a la luz de una lámpara eléctrica que a la luz del día.

Kilda me miró esperanzada.

—Deseo de todo corazón que consigas tus propósitos —dijo.

—Pues para ello lo mejor es empezar cuanto antes. ¡Manos a la obra!

Y empezamos a buscar.

Cada uno por un sitio, tal fue lo convenido, sin alejarnos de los límites laterales del derrumbadero. Tanteé cuidadosamente las rocas, apartando los matorrales para ver si ocultaban la entrada a una galería practicada en el seno de la montaña sobre la cual se hallaba asentado el castillo. Me subí a todos los salientes, examinando con infinito cuidado las grietas y hendeduras, por ver si formaban parte de alguna roca que simulase el acceso que tanto buscábamos.

Llevaríamos media hora de incesantes pesquisas cuando, de pronto, oí

gritar a Kilda.

—¡Timmy! ¡Timmy!

Miré hacia la muchacha. Estaba encaramada en una roca que sobresalía un poco del cantil, a una docena de metros sobre el suelo, y llamaba mi atención con frenéticos gestos.

—¡Ven, Timmy! ¡Pronto, pronto, por favor!

El tono de su voz parecía de alarma, pero no tardé en comprender que, al fin, habíamos hallado lo que buscábamos con tanta ansia.

CAPÍTULO XV

Cuando llegué junto a la muchacha, hube de apoyarme contra la pared, pues, literalmente, me había quedado sin aliento. Necesité varios minutos para sentirme un poco mejor, pasado cuyo espacio de tiempo, recobré las fuerzas para poder continuar nuestras pesquisas.

Kilda tuvo la suficiente paciencia para esperarme. Al fin, cuando vio que ya estaba repuesto, me enseñó su descubrimiento.

Tratábase de una grieta situada en la pared del derrumbadero, la cual permitía el paso de una persona, pero tan hábilmente disimulada con plantas y matojos, que resultaba difícilísimo advertir su existencia, a menos que se apartasen aquellas plantas a un lado. Kilda había tropezado con ella poco menos que por casualidad, pero habíamos descubierto la entrada, y esto, a fin de cuentas, era lo que nos interesaba en aquellos momentos.

Apartamos las matas y hierbajos a un lado. La grieta era estrecha, pero permitía el paso de una persona con cierta facilidad. Fuimos a entrar en ella, pero en aquel momento reparé en que nos faltaba lo más esencial: la luz.

Por un momento nos quedamos desconcertados; parecía imposible que hubiéramos podido olvidarnos de lo más importante. Pero era así, y sin una luz resultaba imposible adentrarnos por el túnel en cuya boca nos encontrábamos.

De pronto. Kilda tuvo una inspiración salvadora.

—Timmy, dame tu cuchillo. Espérame aquí; tú estás débil todavía.

Accedí a lo que me pedía la muchacha. Le entregué el cuchillo y Kilda descendió ágilmente hasta el suelo del barranco.

Regresó minutos después, con una gruesa rama de pino resinoso. cuyo extremo prendimos después de consumir unos cuantos fósforos. Encendida ya aquella tea improvisada, pudimos adentrarnos por el túnel.

Este serpenteaba irregularmente por el interior de la montaña, aunque ascendiendo de modo continuo. Era estrecho apenas un metro, y su altura venía a ser del doble Sus paredes estaban cubiertas de musgo rezumante de humedad.

De pronto. cuando menos lo esperábamos, a unos treinta metros de la entrada, el pasadizo se bifurcó. Ante nosotros se abría una especie de Y mayúscula, cuyas ramas eran muy cerradas pero que, evidentemente, seguían direcciones distintas.

Tanto daba ir por un lado como por otro. Sin excesivas vacilaciones, señalé la rama de la izquierda y por ella nos adentramos.

El pasadizo se hizo más y más empinado hasta que, de pronto, la pendiente se transformó en una escalera de peldaños excavados en la roca viva.

Ascendimos por aquella escalera, durante unos cuantos minutos. De repente, nos encontramos con que una pared nos cerraba el naso.

Kilda y yo nos miramos desconcertados.

—Esto no puede ser —mascullé—; el pasadizo tiene que dar a alguna parte. No tiene sentido excavar un túnel en la roca y construir una escalera si luego no conduce a algún lugar de utilidad.

—Mira bien a ver si encuentras la forma de franquear ese obstáculo —dijo ella, sin desanimarse.

Le entregué la antorcha. Kilda la levantó cuanto pudo, con el fin de alumbrarme mientras empezaba a tantear con las manos en la pared.

De repente, mi mano derecha tropezó con un pequeño saliente que en forma alguna podía confundirse con la roca del túnel. Apreté con fuerza y la pared que nos cerraba el paso empezó a girar en absoluto silencio, sobre unos bien engrasados goznes.

Esperamos a que aquella puerta se hubiese abierto para pasar al otro lado. Entonces, avanzamos dos pasos... ¡Y nos encontramos en mi dormitorio!

Miré estupefacto a mi alrededor, como si no creyera en lo que estaba viendo. Sí, en efecto, aquella era la habitación que ocupaba desde mi llegada al castillo. Y la entrada a ella se efectuaba a través del armario ropero donde guardaba mis trajes y demás efectos personales.

Kilda y yo nos contemplamos absortos, estupefactos. Entonces comprendí la extraña forma como la señora Rathenau había entrado por dos veces —al menos—, en la estancia y también comprendí cómo había sido trasladado hasta allí después de recibir el golpe que me dejara inconsciente.

Sin embargo, no perdimos mucho tiempo en la estancia.

—Vamos —dije—, recorramos el otro pasadizo.

Agarré la mano de Kilda y volvimos de nuevo al túnel, no sin tener antes la precaución de cerrar nuevamente aquella singular puerta, en la cual pocas personas hubieran podido sospechar.

Deshicimos nuestro camino hasta llegar a la bifurcación. Una vez en ella, hicimos un pequeño alto.

Respiré profundamente, mientras miraba a Kilda. La llama de la antorcha vacilaba, arrojando sombras fantasmagóricas sobre las paredes.

Presentíamos que el momento supremo estaba a punto de llegar. Dentro de unos instantes, nos hallaríamos frente al conde y, seguramente también, frente a su demoníaca compañera.

—Toma la antorcha —dije.

Revisé la pistola de balas de plata, comprobando minuciosamente su

mecanismo. Luego tiré de la corredera, introduciendo un cartucho en la recámara. Con ella en la mano y la de Kraubath en el cinturón, pensaba que podía reírme impunemente de los vampiros y de sus cómplices.

Hecho esto, reanudamos la marcha cogidos de la mano. Kilda mantenía en alto la antorcha, en tanto que yo empuñaba firmemente la pistola mágica.

El túnel continuaba en pendiente ascendente, aunque no tan pronunciada como el del otro pasadizo. Caminamos por él durante medio centenar de metros, al cabo de cuyo espacio desembocamos súbitamente en una gran cripta excavada también en la roca viva.



—¡Era la entrada de la cripta!

La cripta tendría unos treinta metros de longitud por veinte de anchura, y parte de sus muros y techos estaban reforzados por arcos y contrafuertes de piedra labrada y unida con argamasa, con el fin de evitar inoportunos desprendimientos. El suelo era de arena finísima y en algunas partes colgaban restos de viejísimas telarañas.

En el centro había una especie de túmulo, situado en la parte alta de una pequeña pirámide de piedra, de tres o cuatro escalones. El túmulo contenía una sepultura de piedra. En el fondo divisé un bulto informe, envuelto en un paño negro.

Kilda se apretujó contra mí, temblando convulsivamente. La llama de la antorcha osciló, amenazando con apagarse.

—No tengas miedo —dije en voz baja, pero que, no obstante, resonó con curiosos ecos bajo la bóveda de la cripta, cuyo vértice se alzaba a unos diez metros sobre nuestras cabezas—. El vampiro está atado a su tumba por la luz del día y no puede hacernos daño.

Ella asintió.

—¿Y la señora Rathenau?

—Yacerá seguramente en otra tumba. La encontraremos más tarde, no te preocupes.

Avancé unos cuantos pasos, subiendo los peldaños que conducían a lo alto de la pirámide, y me situé junto al túmulo.

La sepultura de piedra estaba abierta y su losa, enorme, pesadísima, descansaba al lado. Inclinándome, pude leer una inscripción en latín.

HIC JACET
FRANCISCUS JOSEPHUS
DOMINUS XIII LÖLHSTADTALENSIS
1632-1688

—Aquí yace Francisco José, decimotercer señor de Lölhstadt —traduje—. Nacido en 1632 y muerto en 1688.

Kilda se situó a mi lado, temblando de pánico. Yo también temblaba, pero ello no me impidió advertir que en la inscripción de la lápida faltaba el crucifijo del encabezamiento, como es costumbre en casos similares, y las tradicionales siglas R.I.P. ¿Cómo podían hallarse tales signos en la tumba de un hombre que se había aliado con los poderes infernales y que, además, era un no-muerto?

Lo que sí figuraba grabado en la losa era el murciélago, emblema de la casa de Lölhstadt. Hubiera resultado extraño no encontrarlo.

Y en la sepultura, en fin, había un ataúd de brillante madera negra.

Sobre la tapa del ataúd había otro murciélago con ojos de fuego, cuya boca parecía abrirse ávida de sangre. Y debajo...

Era preciso decidirse. Pronto anochecería y entonces el conde se sentiría libre de sus limitaciones. Si no podía atacarnos, se convertiría en un murciélago y huiría hasta encontrar el momento propicio.

Me coloqué la pistola en el bolsillo posterior y busqué las asas de la tapa del féretro. Agarré una de ellas e hice girar la cubierta.

La tapa se abrió con crispante rechinamiento y giró hasta quedar

vertical. Kilda gritó.

Sin poderlo evitar, retrocedí un paso, horrorizado por lo que estaba viendo.

El conde se hallaba en su ataúd, con las manos cruzadas sobre el pecho, vestido en la forma acostumbrada con que solíamos verle. Permanecía absolutamente inmóvil, pero sus ojos estaban abiertos y lanzaban rayos de cólera impotente al vernos allí, a su lado, dispuestos a matarle.

Los ojos del conde arrojaron llamas. Pero no hizo el menor movimiento. ¿Cómo iba a poder hacerlo, si todavía no era de noche?

—¡La pistola, Timmy, la pistola! —clamó Kilda, rompiendo el maléfico silencio que se había desplomado sobre nosotros.

Los gritos de la muchacha retumbaron bajo las bóvedas. Sentí un torpor infinito en todos mis miembros, como si las miradas que me dirigía continuamente aquel ser afectaran a mi fuerza muscular.

Hice un gran esfuerzo y conseguí sacar la pistola. Mi mano tembló visiblemente, pero pude fijar la puntería un momento y situar el caño del arma a escasos centímetros del corazón del monstruo.

Un segundo más y saldría la bala de plata que pondría fin a la existencia de un ser tan repulsivo.

Apreté el gatillo.

¡Y sólo oí el clic del percutor al golpear sobre un cartucho vacío!

CAPÍTULO XVI

Una sonora carcajada, que parecía salida directamente del infierno, atronó los muros de la cripta. En contestación, Kilda lanzó un grito agudísimo.

Oprimí de nuevo el gatillo. Vano empeño. Tiré de la corredera, expulsando aquel cartucho, por si había resultado defectuoso. Otra vez volví a presionar sobre el disparador.

El arma se me cayó de la mano cuando comprendí que ninguno de los cartuchos contenía ni siquiera pólvora en su fulminante. ¡El monstruo no podría, pues, ser destruido!

Retrocedí espantado. Olvidé que me hallaba en la cúspide de la pequeña pirámide y al pisar en falso, caí de espaldas, rodando por los escalones hasta el suelo de la cripta.

Me puse en pie de un salto. Todavía podía intentar un medio.

—¡La antorcha, Kilda!

Corrí hacia ella y le arrebaté la rama que nos había servido para alumbrarnos. El extremo apagado tenía cierto aguzamiento y, a falta de una estaca debidamente preparada, podía servirnos al fin que perseguíamos.

De nuevo trepé los escalones del túmulo. Ciego de ira, levanté la estaca con ánimo de clavarla en el pecho del conde.

En aquel momento sonó una voz imperativa, tajante.

—¡Tire eso inmediatamente, profesor!

Sin bajar las manos, volví la vista hacia el que acababa de hablar. No me extrañó en absoluto ver a Meyer Lange apuntándome con una escopeta a diez pasos de distancia.

Hailsd estaba a su lado, también con otra escopeta, pero no me apuntaba a mí, sino a Kilda.

—¡Suelte la antorcha, profesor! —dijo el segundo—. ¡En el acto o dispararé contra la señorita sin más dilación!

Miré a Kilda. La muchacha permanecía absolutamente inmóvil, con las manos caídas laciamente a lo largo de sus costados. Las lágrimas fluían silenciosamente de sus mejillas.

Habíamos estado a punto de triunfar y en el último momento conocíamos la derrota.

Respiré hondo y dejé caer la antorcha al suelo. Luego, con paso retardado, descendí la escalera hasta situarme junto a Kilda.

Hubo una pausa de silencio. Me pregunté por dónde podían haber surgido los compinches del conde, ya que, dada la postura en que nos

hallábamlos, de haber venido por el pasadizo, tendríamos que haberlos visto forzosamente.

Y en aquel momento, el conde se sentó en el féretro.

Nos miró con expresión de triunfo, a la vez que una perversa sonrisa flotaba en sus crueles labios. Luego se puso en pie, extendiendo los brazos como si fuera a echarse a volar.

Pero no lo hizo. Simplemente, se limitó a salir del ataúd y acercarse a nosotros.

Kilda exhaló un gemido y escondió su cabeza en mi pecho. Rodeé sus hombros con mi brazo. Todavía guardaba un as en la manga: la pistola de Kraubath.

—Habéis descubierto mi refugio y moriréis —dijo el conde con voz de ultratumba—. Vuestros cuerpos serán arrojados al Kainach... como el de esa osada que se atrevió a interrumpir mi descanso diurno.

Von Löhlstadt movió la mano izquierda, y los dos esbirros se separaron a un lado. Entonces miré el bulto que yacía en un rincón, cubierto por una tela negra, y en el cual apenas si había reparado a la entrada.

Lange tiró de la tela. El cadáver de la linda Hansi apareció ante nuestros despavoridos ojos, con una mueca de horror grabada en su lindo rostro. A pesar de la distancia, pude divisar en su cuello las marcas de los dientes del vampiro.

—Ni ella ni vosotros tendréis la suerte suprema de revivir después de muertos. No todos quienes me entregaron su sangre pueden ufanarse de haber recibido tan maravillosa propiedad. Ella y vosotros dos seréis arrojados al Kainach, cuyas aguas destrozarán vuestros cuerpos contra las rocas.

La escena era de un intenso dramatismo. Para completarla, la señora Rathenau surgió de repente en la cripta, apareciendo a través de una grieta que se había abierto inesperadamente en aquel muro.

Gerda Rathenau sonreía triunfalmente. Sus ojos brillaban de un modo singular.

—Querido —se dirigió al conde—, supongo que dejarás para mí al apuesto profesor Bascomb.

Von Löhlstadt hizo una galante inclinación de cabeza.

—Por supuesto, querida —respondió—, si ese es tu gusto.

Gerda Rathenau avanzó hacia mí, sonriéndome lúbricamente, con su peculiar caminar ondulante. Sus rojos labios brillaban húmedos con ansia no disimulada y al hallarse a pocos pasos de distancia, levantó los brazos hacia mí.

Cuando ya estaba a punto de tocarme con la punta de sus uñas, que parecían cubiertas de sangre, la decoración sufrió un brusco cambio.

—¡Lange, Hailsd! ¡Tiren las armas al suelo o haré fuego!

CAPÍTULO XVII

La voz era familiar, pero el hombre que había emitido la intimación me resultaba completamente desconocido.

Era un tipo fornido, casi cuadrado, con gafas de cristales color ámbar, en cuya mano podía verse un revólver de seis tiros, calibre 38.

Después de la intimación del desconocido, se produjo una densa pausa de silencio. Gerda Rathenau se volvió como picada por un áspid, con el bellissimo rostro deformado por una horrible mueca de cólera.

Aquello no duró apenas un par de segundos. Casi en el acto, Lange levantó su escopeta.

El desconocido disparó su revólver una fracción de segundo antes. El disparo nos ensordeció bajo las bóvedas de la cripta.

Lange lanzó un agudísimo alarido. Levantó las manos y, en el último instante de su vida, su dedo se crispó en torno a los gatillos de la escopeta. Al girar a un lado, ametralló a su compañero Hailsd a menos de un metro de distancia, volándole la cabeza.

Hailsd cayó fulminado al suelo, literalmente decapitado por la doble descarga de ambos cañones. Pateó espantosamente durante unos momentos y luego se quedó inmóvil, al lado de su compañero de fechorías, en medio de un lago de sangre.

El conde lanzó un rugido de rabia e intentó huir.

—¡Frantz —gritó Gerda—, espérame!

La mujer le agarró por el brazo, intentando detenerle.

—¡Quieto, conde! —gritó el desconocido.

Entonces me acordé de que tenía una pistola en el cinturón. La saqué con rápido movimiento y apunté hacia el conde.

Este trataba de desasirse de la presa que había hecho en su brazo la mano de Gerda. Al fin, viendo que no podía lograrlo, sacó de entre los pliegues de su flotante capa una pistola y, antes de que pudiéramos impedirlo, aplicó la boca del cañón a la sien de la mujer y apretó el gatillo.

Gerda cayó fulminada. Un segundo después, mi pistola y la del recién llegado, vomitaba humo y llamas en medio de una serie de estruendosos estampidos. Los alaridos de dolor de von Lölhstadt fueron apagados por el fragor de las detonaciones. Al fin, cubierto de sangre de pies a cabeza, se desplomó al suelo.

Después de aquello, se produjo un momento de silencio, roto por la vacilante voz de un individuo que apareció en el mismo sitio por el que había salido Gerda con las manos en alto.

—¡No disparen —clamó temblorosamente—, me rindo!

Era Theo Kapitz.

—Muy bien —ordenó el desconocido—. Sitúese en aquel rincón, cara a la pared, y no se mueva o lo acribillaré a balazos.

—Sí, sí... —Kapitz obedeció, con el pánico más absoluto pintado en su rostro.

Entonces, el desconocido se volvió hacia nosotros y sonrió.

—Permítanme que me presente. Inspector Hans Litzmann, de la policía de Viena.

Un súbito chispazo brilló en mi mente.

—¡Litz! —grité.

El policía sonrió.

—El mismo —dijo. Y acto seguido, se quitó las gafas y cerró el ojo izquierdo, a la vez que levantaba el hombro del mismo lado y torció la boca. Dio unos cuantos pasos renqueando y volvió junto a nosotros—. Falta la cicatriz, pero como era postiza, no he tenido tiempo de volver a ponérmela.

Me pasé la mano por la frente.

—No comprendo —murmuré.

—Vengan conmigo —rogó Litzmann, adoptando de nuevo su continente de persona normal. Se colocó las gafas y emitió un gruñido—. ¡Maldita conjuntivitis! Estoy loco por volver a Viena para que me la curen... pero ya falta poco, afortunadamente.

Agarró a Kapitz por un hombro y lo empujó hacia la abertura, por la cual entramos todos uno a uno.

Cruzamos un estrecho pasadizo de unos dos metros de largo y salimos a otra gran cripta, en la cual presenciábamos un espectáculo que nos dejó a Kilda y a mí sin aliento.

La luz era abundante y procedía de varios potentes reflectores, alimentados por un generador que funcionaba casi silenciosamente en un rincón. Vimos allí varias máquinas y aparatos, cuya utilidad no supe comprender hasta que el policía nos lo explicó todo.

—Aunque lo hacían muy bien y cualquiera, incluso yo, en algunos momentos, podía ser encañado, no había tales vampiros. Idearon este truco para poder desempeñar mejor sus criminales actividades.

Litzmann se fue hacia una mesa cercana en la cual había unos cuantos rectángulos de papel verdoso y tomó uno de ellos, volviendo luego junto a nosotros.

—¡Eran falsificadores! —exclamé, aturdido por la increíble revelación.

—Exactamente —aprobó el policía—. Y actuaban desde aquí, un lugar magnífico para establecer su base de operaciones, sin ser descubiertos por la policía.

“Hacía ya tiempo que notábamos una falsificación en los billetes de cien, quinientos y mil schillings, sin que pudiéramos hallar la fuente de

procedían los billetes espurios. Finalmente, y tras muchas investigaciones, conseguimos averiguar que, más o menos, el lugar de donde eran irradiados dichos billetes parecía hallarse situado en Jagelwirt o sus alrededores.

“Entonces, mis jefes me destacaron para descubrir a los falsificadores. Convenientemente disfrazado, pude entrar como criado al servicio del conde. Durante los primeros tiempos, forzoso es decirlo, no hice el menor progreso. Sospechaba que el conde y su...bueno, la señora Rathenau, eran los cerebros de la banda, pero no podía hacer nada en tanto no los cogiera con las manos en la masa, esto es, en la imprenta donde estampaban los billetes falsos.

“Entonces llegó usted, señorita Kilda. Sus proyectos de venta del castillo a una empresa turística no fueron muy del agrado de su tío. El castillo está situado en una región privilegiada desde donde se pueden emprender magníficas excursiones en el buen tiempo a las montañas vecinas y, además, durante el invierno, servir de refugio a los amantes del esquí y el alpinismo. Pero con esto lleno de turistas, el negocio del conde se veía afectado seriamente.

Litzmann hizo una pausa y sacó cigarrillos. Fumamos unos momentos y luego continuó:

—Entonces ideó su plan de volverla loca para, como único heredero suyo, quedarse con el castillo. ¿Qué mejor plan que hacerse pasar por vampiro? Estoy seguro de que dicho plan le fue sugerido por la señora Rathenau en cuanto supieron sus pretensiones de venta. Un asesinato no entraba en un principio en sus cálculos; podían haberse hecho molestas investigaciones que quizá hubieran puesto en peligro su saneado negocio.

“Para mejor convencer a la señorita de que estaba loca, contrataron al profesor Bascomb. Este ignoraría lo que se pretendía de usted, señorita Kilda, puesto que, oficialmente, había sido traído como archivero y profesor de inglés. Y usted siempre sospecharía de él como un psiquiatra traído especialmente de Escocia para reconocerla con la mayor discreción posible. No querían arriesgarse a traer un hombre de Viena para no correr peligros innecesarios. En lugar de estar seis o siete meses aquí, usted, profesor, hubiera sido despedido a las dos semanas, con cualquier pretexto y entonces hubieran continuado las presiones sobre la señorita hasta conseguir sus deseos.

—Pero, entonces, no comprendo por qué empezaron a asustarme a mí también con el tema de los vampiros —objeté.

—Todo cuanto he dicho antes, o la mayoría, son deducciones, que, sin embargo, tienen una gran base de verosimilitud. Como yo estaba con la mosca tras la oreja, le puse la primera noche el crucifijo de boj y la guirnalda de ajos. Y ellos, entrando subrepticamente durante su sueño, vieron aquellos objetos. Entonces no les quedó otro remedio que seguir

adelante con la farsa. Esperaban hacerle huir y, al mismo tiempo, que convenciera a Kilda de la necesidad de hacer lo mismo, para de este modo quedarse con el terreno despejado. Sabían que entonces la señorita Kilda no querría vender, para que los vampiros no hicieran más víctimas inocentes. Y a partir de ese momento, ellos podrían continuar tranquilamente su criminal trabajo.

—Entiendo —dije—. Pero antes de que llegara yo, Putzi Stübmgig ya había muerto desangrado por los vampiros.

—Seguramente, Putzi, que era un merodeador, debió descubrir la entrada al pasadizo y lo mataron, dejándolo en lugar visible para escarmiento de posibles curiosos. Ustedes ya saben cómo son los sencillos aldeanos de la comarca, temerosos y supersticiosos a más no poder. Y claro, cuando, además de Putzi, empezaron a morir terneras, el terror se expandió entre los habitantes de la aldea. Una situación ideal para los falsificadores.

—¿Y Stefan?

—El posadero era cómplice también. Stefan era el primer eslabón de la cadena que distribuía los billetes falsos.

Recordando la maleta forrada de lona que Kraubath le había entregado, tuve que convenir en la veracidad de las palabras del policía.

—Debió pedir más parte en su tajada y le mataron igualmente. Le dejaron de modo que ustedes pudieran verle y luego lo enterraron sabe Dios dónde. Nos costará mucho trabajo hallar su cadáver.

—La pobre Hansi murió también a manos de esos desalmados —dije furioso, recordando a la linda muchacha, que había debido sufrir horrores antes de entregar su vida.

—Se mostró muy curiosa. Amenazó con dar parte al jefe de los gendarmes y, calculo, Lange y Hailsd debieron sorprenderla y detenerla antes de que llegara a Jagelwirt. El resto es fácil de imaginar.

—¡Pero yo vi volar al vampiro! —exclamé.

Litzmann se echó a reír.

—Bajo la roca había una red elástica que amortiguaba la caída.

Reí también. Mi caída en la red. El susto que me había llevado. ¿Cómo no se me había ocurrido entonces?

—Ustedes, sin embargo, han conseguido algo que yo no pude hallar en los meses que llevaba en el castillo —manifestó Litzmann—: la entrada al pasadizo y, por consiguiente, al taller de impresión —el policía meneó la cabeza—. Kapitz, el supuesto pintor, a quien estimo un magnífico grabador, y Kraubath, que sigue atado allá arriba, terminarán de esclarecernos algunos puntos que ahora nos parecen oscuros.

—Sobre todo —dije, estremeciéndome—, la forma en que extraían la sangre a sus víctimas.

—Quizá Kapitz quiera indicárnoslo —sugirió el policía—. Le conviene

hablar; quizá así sus jueces se sientan inclinados a la benevolencia. Estoy seguro de que él no aprobó nunca esas muertes, ¿verdad, Kapitiz?

El pintor se volvió, temblando de miedo.

—Sí, sí... —balbució—. Diré todo lo que quieran... La... la sangre la sacaban con aquel aparato... —señaló un extraño utensilio que había sobre una mesa.

Litzmann lo tomó, examinándolo con infinita atención. Estaba constituido por un depósito metálico de unos tres litros de capacidad, con un tubo de goma de un metro de largo, más o menos, cuyo extremo se partía en dos ramas. Una de ellas estaba terminada en una pera de goma de buen tamaño y la otra en una horquilla formada por dos gruesas agujas similares a las de inyectar medicamentos, aunque terminadas en punta triangular. Una vez clavadas las agujas bajo la piel de la víctima, la pera servía de aspirador. Después, la sangre extraída era arrojada al Kainach... y el aparato quedaba listo para ser usado nuevamente cuantas veces se precisara.

—Al conde le gustaba que la *mise en scène* fuera perfecta y cuidaba hasta del último detalle —dijo el policía—. Micrófonos y amplificadores, conectados a una grabadora; eran los productores de las carcajadas y los alaridos. Hace días vi por un rincón del castillo una jaula con murciélagos que soltaban en el momento oportuno. El conde y la señora Rathenau solían actuar de modo conjunto o bien secundados por alguno de sus cómplices, Lange y Hailsd, que eran quienes llevaban el peso de los trabajos más penosos.

—Gerda Rathenau tenía colmillos extraordinariamente largos el día en que intentó atacarme en mi dormitorio —dije.

—Eran postizos —me aclaró Kapitiz.

—Y su imagen no se reflejaba en el espejo —rezongué.

—¡Claro! —exclamó el policía—. La puerta se abría y cerraba por un sistema eléctrico. Usted miraba a la puerta y, mientras tanto, ella entraba por otro sitio, situándose a su lado antes de que se diera cuenta de su presencia en el dormitorio.

Cerré los ojos un momento, evocando la escena. Sí, así debía haber sido. Cada vez que me había vuelto al espejo, dándole la espalda por completo, Gerda había saltado a un lado, situándose de nuevo frente a mí al girarme hacia ella para ofrecerle el vino. La sugestión y el ambiente habían hecho el resto.

—¿Y la pistola con balas de plata?

—Debió colocársela el conde para ayudar a la simulación, lo mismo que la de la señorita Kilda. Claro, no era tonto y puso los cartuchos vacíos. No era un vampiro y, como ha podido ver, las balas de plomo han servido igualmente para matarlo —Litzmann meneó la cabeza—. Lo siento; hubiera preferido que las cosas se desarrollasen de otra manera.

De pronto soltó una carcajada:

—Ahora podré volver a Viena y hacer que otros guisen para mí. He quedado muy harto de cocina en estos meses.

Ya no quedaba nada más por aclarar. Salimos de allí, alumbrándonos con una linterna eléctrica. La antorcha resinosa se había extinguido.

Antes de abandonar la cripta, arrojé una última mirada a su interior.

El rostro del conde había adquirido una placidez suprema, como si hubiera acogido la muerte con infinita alegría. Su rostro brillaba espectralmente, con un leve resplandor verde que parecía nacer directamente de debajo de su piel.

Fósforo, pensé.

CAPÍTULO XVIII

Semanas más tarde, Kilda y yo contrajimos matrimonio. La ceremonia fue sencilla y se celebró en la propia Viena, en la catedral de San Esteban, y a ella asistieron algunos de mis mejores amigos, además de, naturalmente, el inspector Litzmann, ya curado de su pertinaz conjuntivitis.

La noche de bodas, Kilda se estrechó contra mí, inmensamente dichosa. Me besó apasionadamente y luego, sus labios fueron resbalando por mi mejilla hasta llegar al lóbulo de la oreja.

—¡Cuidado! —dije, evitando que siguiera más adelante.

—Es que... te quiero tanto, Timmy —susurró.

—Desde luego, pero ¡hay cariños que matan, Kilda!

—El mío —musitó—, te hará vivir eternamente feliz.

Por consejo mío, no ha vendido el castillo. Solicitó un crédito, que le fue concedido, y ahora Jagelwirt se está convirtiendo en una estación de moda, tanto en el verano como en el invierno. La demanda de habitaciones para pasar unos días en el castillo es extraordinaria y no podemos dar abasto a tantas peticiones como recibimos.

Por supuesto, la leyenda de los vampiros atrae morbosamente a la gente. Y nos hemos cuidado de que la curiosidad de nuestra clientela sea satisfecha.

Litzmann dijo que estaba harto de guisar, pero se equivocaba. Su habilidad como *chef de cuisine* del castillo es reconocida y ha resultado un factor nada despreciable en la atracción de nuestra clientela.

Kilda y yo vivimos felices. Pronto tendremos un heredero. A cada momento que pasa, nos sentimos más enamorados el uno del otro.

La cripta donde el conde fingía descansar durante el día, está arreglada convenientemente, aunque, por supuesto, con el féretro cerrado. Los huéspedes visitan constantemente el lugar, pero ninguno de ellos sabe que, en la realidad, los restos de Frantz Joseph von Löhlstadt reposan allí para siempre.

Sólo ven la crucecita de boj sobre la tapa del sarcófago que yo mantengo constantemente renovada... por si acaso.

FIN

APARECERA LA PROXIMA
SEMANA EN ESTA COLECCION

Keith Luger
**El canto
del cuervo**



Precio: 7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**La radio es una
distracción apasionante
y una buena fuente
de ingresos**

TECNICA AL DIA



**Montajes
Reparaciones
Transistores
Frecuencia modulada
Alta fidelidad**

Escritos por el conocido radiotécnico

R. J. de Darkness

**La mejor biblioteca práctica
sobre radio, TV y cine sonoro**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"

811 — Jesús Navarro
AMADA MIA

COLEC. "MADREPERLA"

707 — Isabel Saluena
HA VUELTO LA
ESPERANZA

COLECCION "ROSAURA"

651 — Clotilde Méndez
FALSA RENDICION

COLECCION "AMAPOLA"

538 — Eulalia D'Elattro
AL CORRER DEL TIEMPO

COLECCION "ALONDRA"

472 — Marisa Villardefrancos
AMOR SALVAJE

COLECCION "CAMELIA"

413 — María Adela Durango
VACACIONES EN VENECIA

COLECCION "CORAL"

84 — Corín Tellado
ELLA ENTRE LOS DOS

COLECCION "CORAL"

216 — Corín Tellado
REALIDADES

COLECCION "BISONTE"

752 — Silver Kane
HORA DE MORIR

Col. "SERVICIO SECRETO"

616 — John Lack
LA NIEVE ES ROJA

COLECCION "BUFALO"

449 — M. Lafuente Estefanía
EL EQUIPO DE LOS PECK

COLECCION "TEXAS"

317 — A. Rolcest
HUMO EN EL HORIZONTE

COLECCION "COLORADO"

241 — Meadow Castle
UNA MUJER CON
REVOLVER

COLECCION "KANSAS"

207 — M. Lafuente Estefanía
LA CABAÑA SINIESTRA

COLECCION "CALIFORNIA"

296 — M. Lafuente Estefanía
EL ULTIMO VIAJE

Col. "HEROES DEL OESTE"

189 — M. Lafuente Estefanía
GLASS BILL

COL. "ASES DEL OESTE"

159 — Tex Taylor
OTRO GUN-MAN

COLEC. "BRAVO OESTE"

71 — Keith Luger
PARA PIANO Y REVOLVER

COLEC. "PUNTO ROJO"

5 — Clark Carrados
LOS MURCIELAGOS

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Edora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

FIRMAS QUE REPRESENTAN A EDITORIAL BRUGUERA, S. A. EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera, S. R. L.
Hipólito Yrigoyen, 646/60 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-73 - BOGOTÁ.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.934 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57
LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 355-B
SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO
DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-43
GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Istacchuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 33 Este,
número 6-61 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buxó - Estrella, 133 - LA ASUN-
CIÓN.

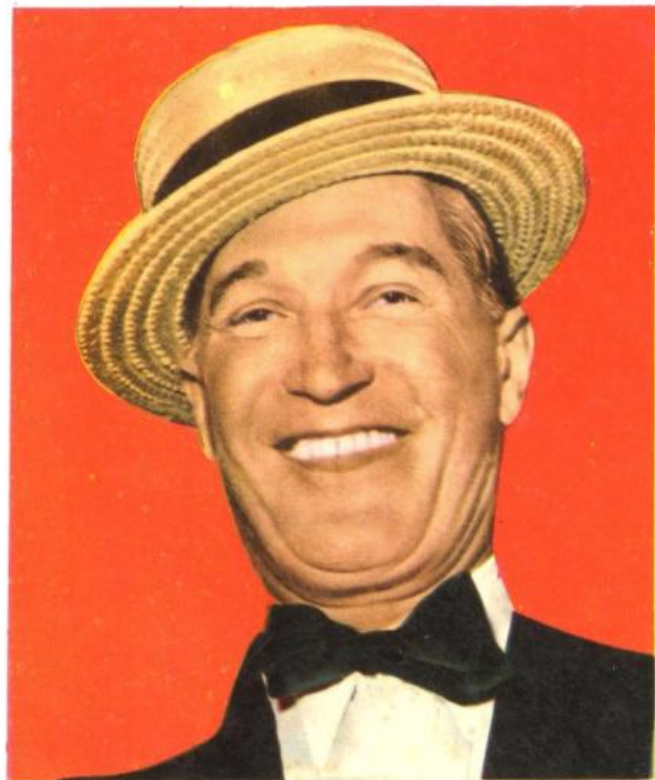
PERU: Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN (Para bolsalibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Expert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
tón a la Cruz, 173 - CARACAS.



N.º 1487

Maurice Chevalier

Es uno de los más populares actores mundiales. "El desfile del amor" y "El teniente seductor", fueron sus grandes éxitos de antaño. Sus últimas películas son "Pepe", "Can-Can" y "Fanny".



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MÓRA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain